

19

EL HIPOCONDRÍACO

MIGUEL GONZÁLEZ

EL HIPOCONDRÍACO

COMEDIA EN TRES ACTOS (~~cuatro cuadros~~)

EN PROSA Y VERSO, ORIGINAL



ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO LA ESPERANZA, DE ARÉVALO, EN LA NOCHE DEL 20 DE JULIO DE 1929



AREVALO

TIP. Y LIB. VIUDA DE F. HERNÁNDEZ

1929

A mi hija

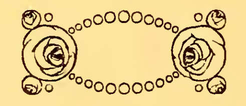
María Luz

con toda mi alma.

Miguel González

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMINA	Paquita Andrés.
LUCILA	Socorro Herrero.
LA FILOSOFÍA	Lucinia Zancajo.
CARLOS	José Delgado.
LUISÓN	Leoniso S. Pedro.
DOCTOR RAMÍREZ . . .	José Gallego.
DON PRUDENCIO	Marcelino Zancajo.
MANOLO.	Francisco M. Duque.
PERICACHO	Fidel S. Pedro.
COLASÍN	Jesús García.





Acto Primero

La escena tiene lugar en una dehesa de los campos de Castilla. Al fondo, telón que representa la campiña en plena vegetación. Entre éste, y la escena, una verja con puerta que da entrada al jardín, que es lo que representa la escena. Derecha del actor, árboles y plantas que caractericen el lugar; izquierda, entrada a una casa de fachada modesta, pero no pobre. Junto a la fachada, un cenador adornado con flores y plantas. En el centro de la escena, una mesa rústica rodeada de varios asientos propios de jardín.

ESCENA I

CARLOS Y LUISÓN

(Carlos, de 28 años, aparece sentado ante el cenador, observando cómo su criado Luisón devora con apetito un pedazo de pan untado con tocino)

LUI. Una miaja vergüenza me da comer delante el señorito; pero... como usté lo manda.... no pueo menos de hacerlo.

CAR. No te importe. Come con libertad, con toda confianza. Como si te encontraras entre tus compañeros. A mi me dás una satisfacción. Viéndote devorar con ese apetito envidiable los alimentos, siento despertar en mi no se... que fuerza extraña que me invita a vivir.

LUI. Si señor, si; *(Dando un mordisco al pan untado de tocino)* después de tó es una nesecidá ¡Y poco rico que sabe después del trabajo!

CAR. *(Suspirando)* ¡Ay! ¡Que envidia te tengo, mi buen Luisón! Si yó pudiera cambiarme por ti!...

LUI. *(Sorprendido)* ¡Cómo! ¿Envidia de mí el señorito? Pero... ¿Como? *(mordiendo el pan con frecuencia)* Cómo... Cómo... dice uste?

CAR. Si; Luisón. Te tengo envidia. ¿No me ves aquí, enfermo desesperado de una vida para mi insoportable; constantemente triste, constantete enfermo, pensando en la muerte que, aún deseándola, me aterra? Por todas partes me acecha. La veo en la calle, la veo en el lecho, la veo... *(abriendo los ojos con espanto)* ¡aqui mismo!

LUI. *(Deja de comer y mira en su derredor)* ¡Señorito!... que... yo no veo... ná.

CAR. Tu, no. ¡Que vas a ver tu¡ La vida que te sonríe, que te mima, que te halaga. La vida, que te da alegría, fuerza, valor... Yo no... Yo no veo mas que la muerte con su siniestra guadaña. *(como aterrado, cógese la cabeza entre las manos)*

LUI. *(Cayéndosele el pan de la mano, mira con cierto temor a Carlos)* ¡Seño... señó... rito! ¿Se pone usté malo? *(Carlos no contesta)* Seño... seño... rito. *(sin atreverse a llegar a él)* ¡Lucila, Lucila! ¡Corre, corre! Que se muere el señorito. ¡Que se muere! *(Va de un lado para otro sin saber que hacer)*

CAR. *(Poniéndose en pié, de un salto)* ¿Que dices? ¡Imbécil! *(Luisón tiembla sin contestar)* ¿Tiemblas? ¿Es que te causo terror? ¿Quién soy yo para infundirte miedo? *(Se acerca a él en actitud amenazadora)*

LUI. *(Retrocediendo sin dejar de temblar)* Nadie...

Digo... Nada... Dispense el señorito. Me... me... asusto enseguida.

ESCENA II

Dichos y LUCILA

LUC. (*Por la izquierda, con muestras de inquietud. Mirando a Carlos con asombro*) ¡Ave María Purísima! Que susto m'a dao este alcornoque... (*Por Luisón*) Pos no creí que era verdá...

LUI. Yo también lo creí.

CAR. (*Con mal humor*) ¿Por qué, imbécil!

LUI. (*Retrocediendo*) Por... por lo de la guadaña. ¿La veo... la veo aquí mesmo!—decía usté—Yo creí que ya le había echao el guante al pescuezo. ¡Como ponía usté los ojos en blanco!...

CAR. Parece que todos me deseais la muerte!

LUC. (*Sorprendida*) Yo, no señor. ¡Líbreme Dios! (*Santiguándose*)

LUI. Y yo, menos. (*Haciendo la cruz*) Por mi madre que esté en gloria.

CAR. (*Sin prestar atención*) Ni aún en este rincón; lejos de la sociedad hipócrita, lejos de la mentira del mundo. Ni aún aquí encuentra mi alma la ansiada tranquilidad(*Siéntase de nuevo y permanece pensativo; como hablando consigo mismo*) ¡Maldita enfermedad! ¿Que delito cometí para verme castigado de este modo? ¿Que excesos cometí?

LUC. (*Con cortedad*) ¿Se encuentra peor el señorito? ¿Nesecita algo? Quiere que le sirva el chocolate, o té... o tila... (*observándole sin cesar*) Diga lo que desea. Si yo puedo hacer algo por

aliviarle, lo haré deseguida. Me da mucha pena verle sufrir. ¡Tan joven! !Tan bueno! (*Se lleva el delantal a los ojos*)

LUI. ¡Vaya! ¡Ya estás como tos los días! Paece que te gusta verme llorar como a un chiquillo. (*Se limpia con las manos las lágrimas que, a pesar suyo, afluyen a sus ojos*) (*Durante unos segundos no se oye otra cosa que el sollozar de Luisón y Lucila*)

CAR. (*Levantando la cabeza, y fijándose en la sincera actitud de los dos sirvientes*) Callad, callad, almas nobles. Veo con agradecimiento que mis sufrimientos hallan eco en vuestros corazones. Callad, callad... por favor... callad. ¡Que me haceis llorar a mi también. (*No pudiendo contenerse, rompe a llorar también. Luisón y Lucila, siguen en la misma actitud.*

LUI. (*Con decisión*) ¡Ea! Esto s'acabao. (*A Lucila*) Tú, a la cocina! A traer el chocolate al señorito. ¡Toas las mujeres habeis de ser lo mesmo.

CAR. Déjala Luisón. Tiene un corazón bueno. Cada dia estoy mas convencido de ello.

LUI. Que... déjala, ni que... cuerno!... Que nesecidá tenía el señorito de pasar este mal rato? (*Amenzador*) ¡Mujer habría e'ser!

LUC. ¡Que bruto eres!

LUI. ¿Bruto? Tadía diras que no ties la culpa de tó esto... Amos aver: ¿Por que te pones a lloriquear a lo bobo? C' a pasao?

LUC. Bueno; me voy (*A Carlos*) ¿quiere algo el señorito?

LUI. (*Interrumpiendo con energía*) ¡El chocolate de tos los días ¡Torpona! Y deseguía... y bien... espeso, y con muchos biscochos y con un campano de leche y con... ¡de prisa! Que el seño-

rito tendrá hambre. ¡Quién no tiene hambre! ¡Menúo desgusto nos has dao! ¡Mujer había e ser!

CAR. (*Deteniendo a Lucila con un gesto*) No. Espera; no tengo apetito.

LUC. (*A Luisón*) ¡Ves, hombre; ves? Te metes en lo que no te importa! (*remedándole*) ¡El chocolate, el chocolate¡ Deseguía, deseguía... Te cres que toos son tan... tragonazos como tú.

LUI. Lo ve usté, señorito; lo ve usté? Ya me está tirando de la lengua esa lagartona. Si no fuera porque estamos donde estamos,ya te había cruciao la cara de un guantazo.

LUC. (*Lloriqueando*) Eso es... Di que sí. ¡Pegarme a mí! ¿Soy yo mala acaso, señorito?

CAR. Vamos, vamos. Tú, Luisón, prudencia y que no se te vuelva a ocurrir amenazar a tu pobre hermana. Tú, Lucila, ve a la cocina y prepárame un poquito de tila. No deseo otra cosa por ahora.

LUI. (*A Lucila*) Tú, trae el chocolate. La tila pa después. A los enfermos no se les pué dejar. Hay que alimentarlos. ¡Chocolate, chocolate con muchos bizcochos y con... mucha leche de la recién ordeñá. ¿Lo oyes? Ya estás tardando.

LUC. (*Indecisa*) Pero hombre...

LUI. (*Amenazando*) No me repliques; que te doy la guantá.

LUC. (*Haciendo mutis*) ¡Bruto, más que bruto!

ESCENA III

LUISÓN Y CARLOS

LUI. ¿Lo ve usté, hombre; lo ve usté? Siempre lo mesmo; llamándome bruto a boca llena.

CAR. Es que tú la tratas con mucha dureza, y es una infeliz

LUI. ¡Infeliz! Desgraciao del hombre que cargue con ella.

CAR. Eso crees tú. Yo no lo creo así. Tu hermana es buena. Tiene un gran corazón. Mira, lo único que alivia un poco mi situación son sus cariñosos cuidados y la ruda nobleza de sus sentimientos. ¡Si tú conocieras la maldad de algunas almas! Ven. Siéntate aquí. Vamos a hablar como buenos amigos. *(Luisón obedece)* ¿Cuánto tiempo llevas en la dehesa?

LUI. Toa mi vida. ¿No lo sabe usté? Aquí nací, aquí me he criao, de aquí no salí nunca... Digo, sí; cuando murió mi madre, que fuí al pueblo a verla enterrar. *(Pausa)* Y, como a mi padre no le conocí, sólo me quedé aquí con mi hermana.

CAR. Mi madre te distinguía de todos los criados, ¿no es cierto?

LUI. No me hable usté de eso... ¡Pobre señora! Me quería tanto como mi madre me quiso. Cuando murió, la lloré tanto como a ella. ¡Qué buenas eran las dos! En fin; no recordemos estas cosas. Usté tampoco está pa recordar cosas tristes.

CAR. Tienes razón. Cosa triste y bien triste es re-

cordar lo que fué, y que ya nunca será aunque queramos que sea...

LUI ¡Eso, eso! Lo mesmo que yo he pensao; lo mesmo. Sí... porque verá usté: Cuando yo tenía quince años, el cielo me paecía más azul, el campo más verde, los arroyos más claros, la luna más blanca... No sé, yo no sé cómo icirlo... Había una cosa en mi alma que ahora no hay... Yo no sé qué color tenían aquellos días: Ca uno distinto y a cual más hermoso. Si uno era alegre, otro más. Reía el cielo, reían los praos; cantaba el arroyo y la chorrera. Al amanecer, también cantaban los pájaros y los pastores. Monte arriba subían las ovejas sonando las esquilas... ¡Con qué alegría corrían los mastines! Olía a tomillo que era una bendición. ¡Qué días tan claros! ¡Qué cielo tan raso, qué sol tan hermoso! ¿Qué sería aquello que me hacía gozar tanto? ¿Qué sería aquéllo?

CAR. ¡La vida!

LUI. ¿La vida?

CAR. La vida, sí; que despertaba tus sentidos al contacto de la Naturaleza virgen. ¡Dichosos años, que no volverán! Jamás... jamás...

LUI. *(Pensativo)* Es verdá.

CAR. *(Entristecido)* ¡Aunque queramos!

LUI. No se ponga usté triste otra vez.

CAR. No puedo menos. Si tú mismo lo estás.

LUI. ¡Cá; no, señor! Si recordando to eso, no es que me ponga triste; es que gozo recordándolo ¿Cree usté que ahora no me embelesa el campo? ¿Qué no me ríen los praos y el cielo, que no cantan el arroyo y la chorrera? También ríen, también cantan; también huele a

tomillo y a romero, tós los años; pero al recordar aquello... no sé lo que pasa por mí... ¡Ea! ¡Que no lo sé icir!...

CAR. Alguna mujer...

LUI. Denguna No he conocío a denguna.

CAR. Entonces .. ¿no sabes lo que es amor?

LUI. ¿Amor? *(Pausa)* No señor. Aquí en este campo, no se pué aprender na de eso.

CAR. ¿Por qué?

LUI. Por... que n'hay mujeres. No las vemos más que dende lejos pasar como un relámpago en esos autos... Usté sí que habrá tenío novia.

CAR. Nunca.

LUI. Paece mentira. Allá en la ciudá... Tan joven... tan rico... y no darle por las mujeres?. .

CAR. Créemelo, Luisón. Nunca me enamoré; jamás pensé en el matrimonio

LUI. ¿No se casará usté nunca?

CAR. ¡Casarme! Si en los años dichosos de mi primera juventud, no pensé en el amor, ¿cómo quieres que piense ahora, enfermo y desesperado de la vida?

LUI. ¡Desesperao! No diga usté esas cosas.

CAR. ¿Tú amas la vida?

LUI. ¡Que si l'amo! Yo no me quisiera morir nunca. Ni yo... ni usté ni nadie. ¿Quién va a querer morirse? Yo estoy mu contento de haber nacío.

CAR. Dichoso tú.

LUI. ¿Usté no? ¿Usté quié morirse?

CAR. (*Con angustia)* No, Luisón; no. Pensar en eso me aterra. Como huyendo de la muerte, vine aquí buscando la soledad, vuestro cariño sincero y respetuoso. El ambiente de la ciudad, me ahoga. Mentira, todo mentira. No creo en

los placeres, ni en la amistad, ni en nada. ¡Mentira, todo mentira!

LUI. ¿De veras to es mentira?

CAR. Todo. Un mes llevo entre vosotros. Nadie se ha ocupado de mí; ni mis amigos... ni mi familia. Abandonado de todos, olvidado de todos, despreciado de todos. *(Con exaltación)* ¡Mentira el amor, mentira la amistad! ¡Mentira todo¡ ¡Todo!

LUI. Abandonao, no. Aquí estoy yo. Aquí está mi hemana. Nosotros le cuidaremos, le ampararemos, nosotros le acompañaremos hasta en los últimos momentos de su vida. ¡Aquí estamos nosotros! Pa ayudarle, pa acompañarle, pa quererle, si es qne usté no tié quien le quiera un poco, Si señor. ¡Pa eso... estamos nosotros aquí!

CAR. (*En pie enternecido*) Luisón: Venga un abrazo. Gracias, gracias querido Luisón. Muchas gracias, alma noble. (*Se abrazan*)

LUI. Apriete usté fuerte, mu fuerte; que no me hace daño. En este abrazo va... tó mi corazón.

ESCENA IV

Dichos y LUCILA

LUC. (*Desde la puerta*) ¡Anda! ¿Por qué estarán abrazaos?

CAR. (*Fijándose en ella*) Pasa, Lucila. No te detengas por esto. Abrazaba a Luisón, porque es muy bueno; tan bueno como tu.

LUC. (*Entrando en escena*) Aquí está el chocolate; con muchos bizcochos *(Con ironía)* y con... le-

che de la recién ordeñá... *(Poniendo la bandeja sobre la mesa)* Aquí tié usté. Tómelo pronto, que ya tendrá nesecidá.

CAR. No tengo apetito.

LUI. ¡Cómo que no! Ahora mesmo. Si usté quié ponerse bueno tié que comer. Comiendo tó se cura.

LUC. Eso digo yo. Si se deja usté tanto, se va a quedar como un fideo.

LUI. Vamos, vamos. Deseguía. *(Le obliga a tomar asiento, cariñosamente)*

CAR. Sea, aunque sin gana *(Comienza a tomar el chocolate con muestras de inapetencia. Lucila y Luisón no cesan de mirarle con interés)*

LUC. ¿Ve usté, como haciendo intención...

LUI. *(Con satisfacción)* Pos claro, hombre; pos claro. El comer y el arrascar...

LUC. ¡Ja, ja, ja, ja!

CAR. Qué buen humor. ¡Dichosos vosotros!

LUI. Y, ¿qué alantamos de otra manera? A reir, a reir; que la risa dá salú y dá alegría. A reir... aunque to sea mentira como usté dice. A reir, a reir siempre, aunque no sea mas que pa reirnos de esa mentira. *(Luisón y Lucila se rien a carcajadas)* *(Carlos se sonrie)*
Mia tu Luci: que cara de risa pone ya el señorito. ¡Ja, ja, ja! ¡A que suelta la carcajá! ¡a que la suelta! *(Carlos mas sonriente)*

LUC. *(Tapándose la boca, por contener la risa)* Cállate ya, hombre. No seas pesao.

LUI. *(Sin dejar de reir)* Si no... puó ser. Si es que se rie también el señorito. Si estoy mu contento de verle reir. ¡A reir, a reir¡ aunque to sea mentira en el mundo como dice el señorito; aunque to sea farsa. Aunque nos riamos de

nosotros mismos. ¡Ja, ja, ja! (*Mutis por el foro.*

ESCENA V

CARLOS Y LUCILA

LUC. Perdónele. El probe, no sabe lo que hacer por usté. Alguna confianza se toma; pero como usté es tan bueno...

CAR. Nada tengo que perdonarle ¿que voy a perdonar yo? Vosotros a mi, si; que os molesto con mis impertinencias, que amargo quizás vuestra vida. Vosotros, sí, teneis que perdonarme.

LUC. ¡Jesús bendito! ¡Nosotros, perdonar al señor!.. ¿De qué tenemos que perdonarle?

CAR. Mis rarezas, mis impertinencias de enfermo.

LUC. Tó lo que hacemos por usté no es ná pa lo que usté se merece. Si en nuestra mano estuviera la salú, se la daríamos; crea usté que se la daríamos. ¡No es usté poco bueno! ¡Por qué estará usté malo! Yo rezo mucho a la virgen de la ermita toas las noches pa que le ponga bueno, y tós los domingos voy a verla y me pongo de rodillas, y asomándome por la reja de la puerta, la digo: ¡Virgencita mía! Tú, que eres buena, tú, que tó lo puedes, tú, que velas por nosotros, no consientas que este señor tan bueno, sufra como sufre. Ponle bueno, ponle bueno deseguía; que en el mundo pué hacer mucho bien a las creaturas. ¡Ponle bueno, virgencita. Ponle bueno! Y cuando vuelvo al caserío, paece que traigo una esperanza; me dice el corazón que la virgen me escucha; que usté se pondrá bueno.

Se lo digo a Luisón y Luisón se ríe y me dice: Ves tós los domingos, Lucila; no dejes de ir; que el señorito se lo merece.

CAR. ¡Calla, calla, corazón noble! ¿Qué haría yo para agradecerte tan sublime acción? ¿Qué haría yo? ¡Qué esperanzas me hace concebir tu voz de angel! ¿Me pondré bueno? ¿Tú crees que me pondré bueno?

LUC. ¡Sí! Tengo fe.

CAR. (*Con alegría*) ¡Sí! ¿Tú crees? ¡Lucila, Lucila!.. (*Temblando de emoción*).

LUC. (*Observándole con detenimiento*) ¿Qué le pasa? ¿Se encuentra usté peor? (*Acercándose a él*) Vamos. No es nada. Tenga usté confianza. (*Le pone la mano sobre la frente*) ¡Si no tié usté calentura! ¡Tié usté fresca la frente! No tenga aprensión.

CAR. ¡Lucila! ¡Qué buena eres!

LUC. Yo soy... como soy ¿Quié usté hacerme caso?

CAR. ¡Sí! ¿Qué quieres que haga?

LUC. Animarse un poco. Salir a tomar el aire. No arrinconarse tanto. Salga de paseo un poco. Verá qué bien duerme esta noche. No hay mejor medecina que ese aire puro. Ya se va a poner el sol. El airecillo es fresco. Lléguese hasta la chorrera dando un paseo. Cuando vuelva verá cómo viene más contento y más... airoso. ¡Animo! ¡Qué caramba! ¡Si no fuera usté joven!

CAR. (*Con alegría*) Tienes razón, Lucila; tienes razón. Haré lo que tú dices. Tráeme el sombrero y el bastón.

LUC. Sin sombrero ni ná. Así le dará más el aire.

CAR. (*Saliendo*) Como quieras... Como quieras, Lucila.

LUC (*Acompañándole*) ¡Animo, señorito! Que yo pido por usté. Que usté se pondrá bueno. ¡No faltaba más! (*Carlos sale por el foro. Lucila entra en la casa*)

ESCENA VI

LUISÓN Y PERICACHO

(A poco de salir Carlos y Lucila, aparece Pericacho, pastor de 18 años, sofocado y dando muestras de inquietud)

PERI. ¡Luisón, Luisón! (*Escuchando*) ¿Dónde t'has metío, hombre, dónde t'has metío? ¡Luisón! ¡Luisón!

LUI. (*Por la izquierda*) ¿Qué es eso? ¿A qué vien esas voces tan destemplás?

PERI. Estaba deseando verte pa contártelo. ¡Maldita sea! ¡Si no puoo hablar de coraje que tengo!

LUI. ¿Qué t'ha pasao? ¿Te falta alguna oveja?

PERI. Peor que eso es lo que me pasa.

LUI. ¿T'ha dejao la novia?

PERI. Déjate de bromas pesás.

LUI. Pos habla de una vez y di lo que t'ha pasao. A ver si crees que voy yo a adivinarlo.

PERI. ¡M'han matao al Galán, Luisón; m'han matao a mi Galán! (*Conmovido*).

LUI. (*Enfurecido*) ¿Quién? ¿Quién ha matao al mastín? ¡Dímelo, que lo muerdo! ¡Amos, hombre! ¡El mejor perro del caserío!

PERI. En la carretera. Un auto de esos que tantas veces me espantan las ovejas.

LUI. ¡Maldita sean los autos! ¡Por qué no escarrilarán tós!

PERI. No, pos lo que es eso... ¡ya ha'scarrilao!

LUI. ¡M'alegro!

PERI. Tan pronto como vi al perro revolcao en sangre, cogí una piedra, la metí en la honda, y con tal rabia la tiré, que los cristales se hicieron añicos...

LUI. ¿Y se paró?

PERI. Allá está parao entadía.

LUI. ¿Y el perro?

PERI. Allí quedó tendío en la carretera.

LUI. ¿Y por qué no le trajiste?

PERI. ¿Pa qué?

LUI. Pa enseñársele al señorito. Pa que vea lo que han hecho con mi mejor perro esos tíos animales que no piensan más que en correr a lo loco.

PERI. Sin pensar en que un probe animal se pué atravesar...

LUI. ¡O una presona, que es peor, Pericacho! A ver si te crees tú que sólo matan a los animales. Tamién matan a las presonas. Hace dos años, a la hija del tío Pascualón el guarda, la mató un auto en esa mesma carretera, y dende entonces que está en la carcel el probe; porque al ver muerta a su hija, mató, al del auto, de una puñalá, un poco más alante.

PERI. ¿Si?

LUI. Como lo oyes. Cuando el auto cogió a la probe muchacha, el que le iba guiando no sabía por dónde tirar pa librarse de las pedrás que le tirábamos tós, y fué a parar a la cuneta. Entonces el tío Pascualón, se llegó a él, y le clavó la navaja en el pescuezo. Luego... lo que pasa... Vinieron los ceviles y se lo lleva-

ron atao. El en la carcel y su hija en el camposanto...

PERI Y al del auto ¿qué le hicieron?

LUI. Enterrarle. ¿Qué le iban a hacer ya? ¿No te he dicho que el tío Pascualón le mató pa siempre?

PERI. Es verdá.

ESCENA VII

Dichos y D. PRUDENCIO, MANOLO, CARMINA, y el DR. RAMIREZ.

(D. Prudencio con la cabeza vendada se apoya en el brazo de Manolo. Entran primero Carmina y Ramirez el doctor.

PRU. *(Sin fijarse en Luisón ni Pericacho)* ¡Salvajes, más que salvajes! (*Llevándose la mano a la herida*) Esto no puede quedar así.

DOCT. De ninguna manera. Es necesario practicar una cura en las debidas condiciones. Allí, con la sorpresa del momento, no podía hacerse otra cosa.

PRU No es eso, amigo doctor. Me refiero a que no puede quedar sin castigo la mano criminal que lanzó la piedra. Yo le abofetearé cuando le vea.

PERI. (*Aparte a Luisón*) Estos son los del auto. Yo me voy. (*Temblando).*

LUI. (*Aparte*) No. Espera.

CARM. Prudencia, don Prudencio. (*Fijándose en Luisón y Pericacho).*

PRU. *(Exaltado)* ¡Qué prudencia, ni que...zambomba! Esto no puede quedar así.

MAN. Tiene razón don Prudencio. Yo me pongo de

su parte. La salvajada de esta gente, tendrá su castigo.

CARM. Y le tendrá. *(Con resolución, a Pericacho y Luisón)*. Vamos a ver: ¿Ustedes están al servicio de don Carlos?

LUI. Y PERI. *(Quitándose la gorra)* Sí, señora. Pa lo que usté guste mandar.

MAN. ¿Pueden decirnos quien ha sido el bárbaro que tiró la piedra contra el coche que nos conducía?

(Luisón y Pericacho se miran entre sí).

LUI. Y PERI. No, señor...

PRU. ¡Embusteros! ¡Cobardes!

DOCT. Prudencia, don Prudencio.

PRU. ¡Dale! Toda la prudencia que usted quiera, amigo mío, mientras no nos toquen al físico. Cuando uno se ve agredido de esta manera vil, no puede contenerse. *(Hace ademán de agredir a Pericacho. Este retrocede)*.

CARM. Don Prudencio, ¡por Dios! No se ponga usted así. ¿Sabe usted de lo que es capaz esta gente?

LUI. De ná malo, señorita.

PRU. De todo. Me lo figuro.

LUI. Mal figurao.

MAN. Usted es un insolente. ¿Sabe con quién habla?

LUI. Con hombres como yo... y como este. *(Por Pericacho)*.

DOCT. Efectivamente. Todos somos hombres.

LUI. ¡Ya lo creo!

PRU. *(Con mal humor)* Unos buenos, otros malos, unos cultos, otros incultos.

MAN. Y de los últimos, son estos dos zafios con quienes estamos gastando el tiempo... *(Con*

insolencia) Vamos a ver: ¿Quién fué de vosotros el bárbaro qne lanzó la pedrada contra el coche?

PRU. (*Amenazador*) ¡Lo vais a decir ahora mismo! (*Cogiéndole la zamarra a Pericacho*).

CARM. (*Asustada*) Don Prudencio... ¡Por Dios!

LUI Este. (*Por Pericacho*).

PERI. (*Con temor*) Yo, no. Digan ustedes que no.

LUI. Digo yo que sí, y basta. (*Prudencio y Manolo tratan de agredir a Pericacho. El Dotor se interpone*)

DOCT. (*A todos*) Silencio. (*A Pericacho*) Vamos a ver. ¿Por qué has hecho eso? Dilo sin miedo. Nada te haremos. (*Pericacho no contesta*)

LUI. Dilo, hombre; sin miedo. Que estoy yo aquí... también (*Con desafío*)

PERI. Porque me mataron al Galán.

DOCT. ¿El perro?

PERI. Si, señor. Mi mejor perro. El perro que tumbó al lobo. El perro a quien más quería el amo!

LUI. Y a quien yo más quería, que soy el mayoral de la dehesa. Cuando me dijo Pericacho lo que había hecho, le dije: Has hecho bien. Yo lo hubiera hecho lo mesmo.

PRU. (*Sin poderse contener*). ¡Salvaje!

MAN. Esto no se puede escuchar con calma.

DOCT. (*Imponiendo silencio. A Luisón y Pericacho*) ¿Vosotros os alegrais de que este anciano esté herido? ¿Queriais haberle matado?

LUI. Y PERI. } (*A la vez*) No señor, no señor.

DOCT. (*A Pericacho*) ¿Por qué tiraste la piedra?

PERI. Porque vi al perro revolcarse en la sangre... Porque me le habían matao.

DOCT. Basta. (*Dirigiéndose a los suyos*) Incultos, nada más que incultos. No existe maldad en su proceder.

PRU. Doctor, vuestra benevolencia con estos bárbaros, me saca de quicio. (*Apretando los puños*).

MAN. Fuera de quicio estoy yo desde que entramos aquí.

PERI. Pos no haber entrao.

LUI. Y pa que no pase algo sonao, ya se puen marchar por ande han venío.

CARM. (*Con altivez*) Poco a poco...

MAN. ¡Infeliz! (*Riéndose*).

PRU. ¡Insolentes! ¿Con quién creeis tratar?

LUI. Con hombres como yo. Ya lo dije endenantes.

CARM. (*Acercándose más*) Te equivocas. Verás: Este (*por el Doctor*) es el doctor Ramírez, amigo de don Carlos, tu señor...

LUI. (*Interrumpe*) Ya me paecía a mí que era buena presona...

CARM. (*Por Manolo*) Este, don Manolo Sepúlveda, joven distinguidísimo, que estudia Derecho...

LUI. (*Interrumpe*) ¡Como si estudia torcío! A mí no m'asusta por mu empinao que se ponga...

MAN. (*Amenazador*) ¡Grosero!

CARM. (*Imponiendó silencio*) Este, (*por Prudencio*) don Prudencio Cabrilla...

PERI. (*Aparte*) Es verdá, que tié barbas de chivo...

CARM. ...persona honorable, de gran capital y sólida cultura... (*Don Prudencio hace una reverencia ridícula*).

LUI. Mu bien. Ya sé quien son... ¿Y usté?...

PRU. La bellísima, la encantadora la sin par señorita Carmen Salcedo...

CARM. (*Bajando los ojos*) Don Prudencio, por Dios!..

MAN. Dueña como su hermano Carlos, de esta dehesa.

LUI. y PERI ¿Eh?...

LUI. La... la... señorita hermana del señor... (*Confun didos*).

CARM. Sí. Ya veis lo mal que recibisteis a quien debéis respeto y consideración.

LUI. (*Respetuoso*) Perdón, señorita. ¡Si lo hubiera sabío!... Por más que, a usté no la hemos faltao...

CARM. No importa. Faltaste al repeto a estas dignísimas personas que me acompañan y eso es bastante para que tú y tu compañero sufrais el castigo merecido.

MAN. ¡Bien!

PRU. ¡Retebién! ¡Caracoles! Esto no puede quedar así.

CARM. ¿Y mi hermano?

LUI. No sé.

PERI. (*Con muestras de impaciencia*) Voy corriendo a buscarle. (*Mutis derecha*).

ESCENA VIII

Dichos, menos PERICACHO

LUI. (*Dando voces*) ¡Lucila! Lucila!

LUC. (*Desde dentro*) ¡Voy, voy! Aspera un poco, que va a echar a cocer la leche.

CARM. ¿Quién es esa Lucila?

LUI. Mi hermana.

CARM. Que venga. Deseo verla.

LUI. ¡Amos, mujer! Que te llama la señorita.

ESCENA IX

Dichos y LUCILA

LUC. (*Limpiándose las manos con el delantal*) ¿Qué quieres? (*Fijándose en el grupo*) Buenas tardes tengan ustés.

CARM. (*A Lucila*) ¿Y mi hermano?

DOCT. Don Carlos...

LUC. (*Sorprendida*) ¡Ah!... si... A paseo le mandé hace un rato. Estaba tan aburrío el probe, que le dije: Vaya usté a tomar el aire... Y el buen señor, me obedeció deseguía. No tardará. De seguía se cansa de tó.

CARM. (*Suspirando*) ¡Pobre hermano!

LUC. (*Asomándose por la izquierda*) Aquí está, ¡Señorito, señorito! Mi'usté cuanta gente le espera

ESCENA X

Dichos y CARLOS

CAR. (*Extendiendo los brazos*) ¡Qué sorpresa! ¡Carmina!

CARM. ¡Hermano mío! (*Se abrazan*)

CAR. ¡Querido Ramírez! Manolo. Don Prudencio. (*Va estrechando la mano de todos*).

TODOS ¡Carlos!

DOCT. ¡Querido misántropo! (*Le abraza*) ¿Cómo va esa salud?

MAN. ¿Cómo te encuentras, hombre?

PRU. ¿Estás más contento?

CAR. Mal, mal; sencillamente, mal.

CARM. ¿Lo ves Ramírez, lo ves? Los médicos a veces os equivocais. Vida de campo, vida de reposo, dijiste. Y aquí le tienes, aburrído, envejecido... ¡Pobre hermano!

MAN. Pues claro, hombre. ¡A quien se le ocurre apartarse del mundo como un anacoreta!

PRU. Y entre esta gente que le rodea...

CAR. Esta gente es mi consuelo mas eficaz.

DOCT. Sin duda alguna, Carlos.

CARM. Pero hombre, considera que con tus rarezas nos pones en ridículo.

MAN. Los amigos de la Corte te creen un perturbado!

CARM. ¿Ves, hombre; ves? Tus rarezas nos ponen en ridículo. Queremos a todo trance llevarte con nosotros esta tarde.

CAR. ¿Para qué? ¿Para matarme mas pronto? Si es este el consuelo que me traéis, mas valía que no hubierais venido.

PRU. (*Aludiendo a su herida*) Eso digo yo. Ya ves: a mi pudo costarme la vida el viajecito este.

CAR. Es verdá. No había reparado. ¿Está usted herido? ¿Que ha sucedido?

DOCT. Nada, Carlos, nada de particular. Ya lo sabrás. ¿Estás dispuesto a obedecer los deseos de tu hermana?

CAR. No. Seguiré aquí. No quiero ver a nadie. No quiero alternar con nadie. ¡Sociedad! Mentira; todo mentira.

DOCT. (*Observándole*) Calma, querido Carlos.

CARM. Carlos... ¡Por Dios! no me pongas en ridículo. Vente con nosotros. Te vas a hacer tan burdo como esta gente que te rodea.

CAR. ¡Vuelta con el ridículo! ¿A que, llamas tu ridículo? ¿En que concepto tienes tu a esta gente?

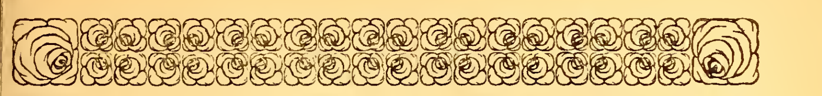
PRU. Son unos incultos.
MAN. Son unos salvajes.
CAR. Basta. Marchaos si quereis. Yo me quedo aquí con estos... salvajes Luisón: a mis brazos. Ahora mas que nunca necesito de tu cariño. Ven a mis brazos. (*Abre los brazos*)
LUI. (*Abrazándole*)

Apriete usté mu fuerte, mu fuerte, señorito;
así, como le aprieto con toa mi alma yo.
Y no se ponga triste, que quiero verle alegre...
Y si es que tó es mentira, riámonos los dos.
Riámonos del mundo, puesto que tó es mentira.
No se ponga usté triste.

CAR. Sí estoy triste, Luisón.
DOCT. Mal haces. No es mentira todo, como tú dices.
CAR. Mentira, amigo mío.
DOCT. Estás en un error.
Verdad sublime, grande verdad es este abrazo
que, así, espontáneamente, os prodigais los dos.
Abrazo de dos almas que se aman y comprenden.
CAR. Verdad, amigo mío.
LUI. Es cierto; sí, señor.
Apriete usté mu fuerte, mu fuerte señorito.
Apriete usté mu fuerte, como le aprieto yo.
Que ya, no es tó mentira; que hay algo que es mu (cierto.
En este abrazo mío, va... to mi corazón.

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA I

DON PRUDENCIO solo. Después COLASÍN

(A la salida del sol de un hermoso día de verano. Don Prudencio, que acaba de levantarse, hace ejercicios de gimnasia sueca en el jardín; sin mas indumentaria que la camisa y el pantalón. A cada movimiento dejará notar el esfuerzo físico que suponen para él los ejercicios que ejecuta).

(Levantando los brazos exageradamente.)

PRU. ¡Así! Más arriba, más arriba aun... más... más... (*Estirándose*) Bueno. (*Dejando caer los brazos a lo largo de las piernas*) Gracias a mis ejercicios cotidianos tengo estos músculos de acero. (*Con satisfacción*) Y estos pulmones que para sí quisieran muchos jóvenes de veinte años. Adelante, Prudencio; que con tu método conservarás tu salud y prolongarás tu vida. Ahora, así: (*Abre los brazos y les cierra repetidas veces*) Esto es como un abrazo a la Naturaleza. Bien le mereces, madre de todos. (*Repitiendo los ejercicios*) Toma otro, y otro, y otro. (*Fatigado*) ¡Caramba!

que ya van muchos. (*Respira con dificultad*) (*Tras la verja, Colasín, zagalillo de 12 años, contempla con curiosidad los movimientos de don Prudencio. Con regocijo celebra, sin ser visto por este, los ejercicios del viejo*).

PRU. Y ahora, es lo peor. ¡Caracoles! Estos pícaros riñones son mis mayores enemigos. A ver... (*Intenta doblar el cuerpo hacia atrás*) ¿No? Vamos a ver. De otra manera. (*Intenta doblar el cuerpo hacia adelante, pretendiendo tocar con los dedos en el suelo, sin doblar las rodillas*) Despacito... A ver... más, un poquito más... ¡¡Ay!! (*Sin poderse poner derecho del todo por efecto del dolor, se lleva las manos a los riñones con cara de angustia*) Esto no puede ser, Prudencio; esto no. Bueno... ¿Y qué? Hasta cierto punto mis riñones están en lo cierto: Prudencio Cabrilla nunca inclinó la frente. (*Elevando los brazos*) ¡Arriba la frente! ¡Arriba! Saludemos a ese cielo azul, cielo castellano, palio inmenso que cobijó las glorias de mis antepasados. Más tarde... besaremos la tierra sin querer... No, Prudencio; no te obstines. (*Intenta doblarse de nuevo*) ¡Ay! No puede ser, no puede ser.

COL. (*Riendo a carcajadas*) ¡Ja, ja, ja! Este hombre está bobo.

PRU. (*Al oirle reír*) ¿Quién anda por ahí? (*Colasín intenta escapar sin ser visto. Don Prudencio le ve y le detiene*). Ven acá, pillastre. ¿Qué hacías ahí?

COL. (*Con temor*) ¡No me pegue usté, no me pegue usté!

PRU. No, hombre; no. ¿Por qué te reías?

COL. (*Riéndose de nuevo*) Porque hacía usté esas

bobás con las manos y con las *patas.*

PRU. ¿He? ¡Sinvergüenza! No se dice las *patas.* ¡Recuerno con el niño este!

COL. ¡Anda! ¿Pos cómo se llama esto? (*Aludiendo a las piernas*).

PRU. ¡Las piernas! Los burros son los que tienen *patas*, y son cuatro. ¿Lo entiendes? ¡Cuatro *patas!*

COL. Y tamién tién manos: Las d'alante.

PRU. (*Con sorna*) ¿Si? ¿Cuántas tienen?

COL. ¡Anda! Pos dos. Lo mesmo que usté.

PRU. ¡Colasín! (*Mirándole severamente*) ¡Caracoles con el niño este!

COL. ¡Concho! ¿Por qué me riñe usté?

PRU. Por... porque sí... Porque me dá la gana.

COL. (*Con respeto*) Bueno; pa que no me riña, me voy. Tenga el tomillo que me encargó usté anoche.

PRU. ¡Hombre! Es verdad. (*Se lo coge*) Toma, un caramelo. (*Colasín lo coge y se lo lleva rápidamente a la boca*).

COL. ¡Qué rico está! ¿Le traigo más tomillo?

PERI. (*Desde dentro*) ¡Colás, Colasín!

COL. (*Con temor*) ¡Que me pega, que me pega!

PRU. ¿Quién?

COL. (*Tratando de esconderse*) Pericacho

PRU. No temas: estoy yo aquí. No te pegará.

ESCENA II

Dichos y PERICACHO por la derecha.

PERI. Vamos holgazán. Que dende que salió el sol... Tos los días me pasa lo mesmo. Tengo que

venir a buscar al holgazán este. Hace güen rato que solté el ganao.

COL. ¡Coñe! Tú eres más grande.

PRU. ¡Niño! Eso no se dice.

COL. ¡Anda! Eso no es pecao.

PERI. Lo dirás tú.

PRU. Pero es una palabra fea, que no debes decir.

COL. Pos Pericacho bien de pecaos que dice...

PERI. (*Amenazándole*) ¡Mentiroso! ¿Yo, pecaos?...

COL. Y bien gordos.

PERI. Si te doy una guantá... (*Hace ademán de pegarle*).

PRU. (*Deteniéndole*) ¿Qué es eso? Repara que es un niño.

PERI. ¡Con las ovejas! ¡Deseguía!

COL. (*Con un mohín de desagrado*) Bueno... si me pegas, se lo digo a mi madre. (*Mutis por la derecha*).

PRU. Cuidado, Pericacho. No toques al pequeño.

PERI. No, señor. Si yo no le pego nunca. Es que le tengo rabia porque lo alcagüetá tó. (*Mutis derecha*).

PRU. (*Después de perder de vista a Pericacho*) ¡No le pega nunca! Tan cierto como me llamo Prudencio, que el pequeñarra ese no se libra de la *guantá* que le ofreciste. ¡Bárbaro.

ESCENA III

DON PRUDENCIO y MANOLO

Manolo, por la derecha, aspirando el olor del tomillo que traerá en la mano

MAN. Buenos días, señor don Prudencio.

PRU. Buenos te los dé Dios, mal estudiante.

MAN. Por qué me dice usted eso?

PRU. Porque seguramente no habrás pensado tampoco esta mañana en los libros.

MAN. No me hable usté de cosas tristes.

PRU. ¡Ah, juventud indolente! Juventud irreflexiva. ¡Juventud, juventud!

MAN. Que no volverás... No hay más que una juventud, don Prudencio, y de ella hemos de aprovecharnos.

PRU. *(En tono melancólico)* ¡Evidentemente! Manolo.

MAN. Si, ¿verdad? Pues, entonces, ¿por qué tomar la vida en serio cuando se es joven?

PRU. No tan en serio como Carlos, pero sí algo más de como tú la tomas.

MAN. Vamos, hombre; déjeme usted de tonterías. Carlos con toda su seriedad, con su melancolía, con todo su ridículo temor, no hace otra cosa que acercarse a la sepultura. O lo que es lo mismo: que el miedo a la muerte le hace morir... Como usted...

PRU. (*Interrunpiendo*) ¡Manolo! ¿Yo, yo?...

MAN. (*Riéndose*) ¿Ve usted? También se alarma por lo que aún no he terminado de decir. También se inquieta de una manera ridícula ante la posibilidad de un suceso inevitable, fatal. Si, don Prudencio; fatal. Usted, como Carlos, como yo, como todos... ha de morirse algún día.

PRU. (*Inquieto*) ¡Manolito! ¡Caray! Que bromas tan pesadas tienes, hombre!

MAN. ¡Hola! La vida es demasiado seria, ¿verdad? Pues tomemósla en broma. Yo, en vez de secarme los ojos a fuerza de estudiar, estudiar un poco menos y gozar un poco mas...

PRU. ¡Que cosas tienes, hombre! ¿Menos todavía?

MAN. Usted... usted...

PRU. (*Con impaciencia*) Yo... ¿que?

MAN. Usted, ahorrar un poco menos y gastar un poco mas.

PRU. ¡A lo que estamos! A gastar, a disfrutar, a derrochar... (*Excitado*) ¡Locura, locura, locura! ¿Y mañana? Y el porvenir? Pues que, ¿solo vivimos un día?

MAN. ¡Quien sabe! Uted, como otros pesimistas, piensa con tesón en las posibles necesidades del mañana, en abrumadoras dificultades del porvenir, y ante esta perspectiva ridicula, cierra los ojos al presente, sin reparar en una vida de estéril sacrificio. Mañana... mañana será otro día.

PRU. (*Con mal humor*) ¡Claro! Que ruede la bola. Y salga el Sol por donde quiera.

MAN. (*Sonriente*) Saldrá por donde siempre, Don Prudencio, y se ocultará com todos los días: por el extremo opuesto.

PRU. Perdona chico; pero has dicho una perogrullada.

MAN. ¡Nada, hombre! Puede usted decirme lo que quiera; yo respeto siempre las canas, y tengo en cuenta las advertencias de mis buenos amigos. Porque usted y yo, aunque no estemos siempre de acuerdo, amigos somos siempre. ¿No es cierto? (*Le estrecha la mano*)

PRU. ¡No faltaba mas hombre; no faltaba mas!

MAN. Y, hablando de otra cosa. Hoy es domingo.

PRU. ¿Domingo? ¡Ah, si! No sé en el día que vivo. Me encuentro tan a gusto aquí, entre todos vosotros, que pierdo la noción del tiempo. ¿No te ocurre a ti lo mismo?

MAN. Hasta cierto punto. Yo, efectivamente, gozo

a ratos de este veraneo inesperado y original que nos impone la enfermedad del pobre Carlos. Pero no pierdo, como usted, la noción del tiempo. Yo sé que hoy es domingo y no se me olvida que en mi querido Madrid se celebra la corrida mas formidable de la temporada. ¡Que toros! ¡Que toreros! Le digo a usted, que es un cartel; un cartel de los que hacen época. (*Con resolución*) Nada; que estoy dispuesto a pasar el día en Madrid.

PRU. ¿Solo?

MAN. No. Con usted. Porque supongo qne usted vendrá.

PRU. De ninguna manera. ¿Cuándo me has visto presenciar ese espectáculo bárbaro, cruel? ¿Cuándo?

MAN. Es verdad... Sus nervios... no admiten de buen grado ciertas impresiones.

PRU. (*Con rabia*) ¡Malditos nervios! ¿Por qué no podremos vivir sin esos resortes misteriosos?

MAN. Porque nos son necesarios para la vida. El nervio es electricidad, es dinamismo, es vida cuando sus ramificaciones no salen de un cauce normal de funcionamiento. Por algo la ciencia médica pretende, en sus investigaciones, llegar a ese resorte o resortes misteriosos que, es posible, conduzcan al dominio del nervio.

PRU. (*Con interés*) Cuando te expresas así, en serio, me gustas, hombre; me gustas y te daría un abrazo.

MAN. ¿Le gusta que hable en serio?

PRU Sí.

MAN. Pues escuche usted; seguramente será la cosa más seria que oiga durante el día: ¡Quiero ir

a los toros, y no tengo dinero. Necesito me preste usted cién pesetas!

PRU. (*Cogiéndose la barbilla*) ¡Cómo! ¿Has dicho cien pesetas? Sí que es una cosa seria. Demasiado seria, hombre.

MAN. Le advierto que, como siempre, se las devolveré lo antes posible.

PRU. Sí; pero. .

MAN. Con sus intereses correspondientes; si señor. Como siempre... y le firmaré el acostumbrado recibito...

PRU. Hombre, yo, no es que desconfíe de ti ¡líbreme Dios! Pero considera que... somos mortales... que...

MAN. Nada, nada. No me dé usted explicaciones.

PRU. Vamos por las cien pesetas. (*Internándose en la casa*) Y, no tomes a mal mis precauciones; no son por ti. La fatalidad... una desgracia en el camino... Hay que prevenirlo todo. El hombre prevenido...

MAN. Vale por dos; sí señor. Hay que mirar al porvenir. No vivimos para un día. (*Aparte*) Y sobre todo, que cien pesetas, con sus intereses, son algo muy serio para estos infelices que, esperando un probable porvenir, son víctimas del presente. (*Mutis los dos*).

ESCENA IV

LUISÓN solo

(Por el foro, con tres escopetas que dejará en escena)

LUI. Ya están preparás las escopetas, los cartuchos, los perros, los caballos... tó. Creo que

LUI. no s'ha olvidao ná. El día ha amanecío claro, ni una nube hay en el cielo; hasta me güele el aire mejor que otros días. ¡Que rica mañana! No se por qué me paece del calor de aquellos días que pasaron. Ríe ei campo y ríe mi alma; pero con una risa qu'arremueve tó mi ser y me hace mas fuerte, mas decidío... mas... ¿Que será esto? Si paece que me brinca el corazón. ¡Si estoy mu contento, mu contento! Pero que contento estoy. Voy a cazar con mas alegría que nunca. Pieza que salga, pieza que tumbo. La señorita tié el gusto de verme cazar, y juro que quedará contenta de mi. Por darla ese gusto seré hoy el mejor cazaor que ha pisao en la dehesa. Cuando me vea con la escopeta a la cara y a poco la pieza ensangrentá, ya sin vida, me dirá: Bien, Luisón, bien: Eres un gran cazaor. Yo me pondré tó espojao, y no sabré que icirla de alegría que pasará por mi. La miraré embelesao a los ojos, a la boca, a a las manos blancas como la nieve como iciendo: No he sio yo, señorita; han sio sus ojos, su boca de angel, sus manos de nieve. No he sio yo, señorita; fué usted que me animó sin saber como, fué usted, que me mandó sin hablar, fué usted, que me miró una vez, acaso una vez na mas; pero fué lo bastante pa que fuera usté la cazaora y no yo.

ESCENA V

Salen de la casa DON PRUDENCIO, DOCTOR, MANOLO y CARMINA.

CARM. (*Afectuosa*) Buenos días, Luisón.

LUI. — (*Muy contento*) Güenos días, señorita... y tós ustés.

MAN.
PRU.
Y DOCT. — Buenos, Luisón.

CARM. — (*A Manolo*) ¿Al fín no nos acompañas?

DOCT. — No porfíes, Carmina. Es un taurófilo empedernido.

PRU. — Es un botarate.

CARM. — Es un tonto.

MAN. — (*Haciendo una reverencia*) Muchas gracias, muchas gracias. ¿Quieren ustedes algo para la Corte?

PRU. — Nada. Que no te rompas la crisma en el camino. Es lo que deseo.

DOCT. — Yo sí: Llégate por casa y advierte que aún tardaremos en regresar unos días. Todos estamos interesados en que Carlos se normalice, y hemos de renunciar al acostumbrado veraneo de playa. ¿No es cierto? don Prudencio.

PRU. — Cierto. Y con mil amores por mi parte, querido Doctor.

MAN. — Pienso del mismo modo y prometo regresar a pasar el resto del verano con ustedes.

PRU. — Siempre que alguna causa no lo impida...

MAN. — Don Prudencio, ¡por Dios! Usted mejor que nadie sabe que yo... sin...

PRU. — (*Tosiendo para impedir que Manolo continue*) Si, si. Ya, ya. ¿Anda, anda! Buena pieza...

MAN. — (*Estrechando la mano a todos*) Señores... Hasta la vuelta.

CARM. — ¡Por Dios! No seas loco. Ve despacio.

DOCT. — Ten prudencia.

PRU. — Ojo al volante. !Mala cabeza!

MAN. (*Haciendo mutis*) No hay cuidado. Adiós.

ESCENA VI

Dichos, menos MANOLO

CARM. (*A Luisón*) ¿Está todo dispuesto?

LUI. Ya está, señorita. Los perros, los caballos, los cartuchos...

CARM. ¿Y las escopetas?

LUI. (*Cogiéndolas*) Aquí están. Tenga usté. Esta, que es la menos pesá, pa usté. Esta otra, pa mí. Y esta que solo tiene un caño, pa don Prudencio. (*Entrega a cada uno la suya*)

PRU. (*Rechazándola*) Mira Luisón. Yo tengo mucho miedo a estas cosas. No he cazado nunca.

CARM. (*Riéndose*) Pero don Prudencio, ¿No se atreve usted a disparar?

LUI. (*Cogiendo la escopeta de don Prudencio y simulando la forma de cazar*) Si esta es mu ligerita. Si no pesa ná.

PRU. (*Excitado*) Baja ese arma, muchacho. No me... pongas más nervioso de lo que estoy. ¡Caracoles! ¡Qué imprudencia! ¡Jugar así con un arma de fuego! ¡Qué imprudencia, hombre; qué imprudencia!

LUI. ¡Ja, ja, ja, ja! Pero si no está cargá. ¡Ja, ja, ja, ja!

CARM. No tenga usted tanto miedo...

PRU. ¡Qué miedo, ni qué ocho cuartos! Ya me habeis puesto nervioso. (*Da muestras de gran nerviosidad*) Qué imprudencia, hombre; qué imprudencia... (*Paseándose agitado*).

DOCT. ¡Ea! Dejad a don Prudencio. ¿Por qué le habeis de disgustar con vuestras bromas?

LUI. Si naide le hace ná. (*Poniéndose la escopeta a la cara*) Yo lo que hacía era enseñarle a apuntar.

PRU. *(Excitado otra vez)* ¡Luisón! ¿Quiéres dejarme en paz? ¡Que me pones nervioso, hombre; que me pones nervioso!

(Ramírez y Carmina no pueden contener la risa).

LUI. Pero... ¡si no está cargá!

PRU. ¡Como si lo está! ¡Ea! ¡Qué imprudencia!

CARM. (*Riéndose*) Se acabó. No le hagas miedo a don Prudencio. Que se va a desmayar. ¡Ja, ja, ja!.

DOCT. Vamos, vamos. Dejadle. ¿Vais a salir ya?

LUI. Cuando ustés quieran.

CARM. Ahora mismo. Vamos, don Prudencio.

PRU. Yo sin escopeta, ¿eh? Yo, sin escopeta.

CARM. Conformes. Sin escopeta.

DOCT. Id saliendo. Don Prudencio os seguirá en su caballo a respetable distancia.

PRU. Sí, sí. Despacito, despacito. Que tampoco estoy acostumbrado a montar a caballo.

LUI. Pos... ¿a qué está usté acostumbrao?

PRU. A... vivir en paz y en gracia de Dios.

CARM. (*Riendo*) ¡Ay, qué gracia! (*Mutis por el foro con Luisón)*.

PRU. Maldita la gracia que me hacen a mí estas cosas. De buena gana me quedaba con ustedes mientras ellos cazan.

DOCT. Debe usted acompañar a Carmina. Además, aprovechando la ausencia de todos, quiero hablar con Carlos acerca de su enfermedad. Creo no le molestará este deseo mío...

PRU. En manera alguna, Doctor. Y creo como usted que debo acompañar a Carmen. ¡No falta-

ba más! Hasta después, Doctor. (*Haciendo mutis*).

DOCT. A cazar mucho, don Prudencio. (*Aparte*). Al primer tiro se desmaya.

ESCENA VII

El DOCTOR y LUCILA

LUC. (*Saliendo de la casa*) ¿Se fueron ya?

DOCT. Ya se fueron.

LUC. Estaba deseando de que se fueran tós menos usté.

DOCT. ¿Por qué?

LUC. Porque quiero preguntarle a usté, a usté solo, por el señor. ¿Cómo le encuentra? Se pondrá bueno. ¿Verdá usté que se pondrá bueno? Diga usté que sí. (*Con ansiedad*).

DOCT. Mucho te interesa su salud... ¿Tú deseas verle bueno?

LUC. ¡Que sí lo deseo! Más, mucho más de lo que usté pueda imaginarse. ¡Me da mucha pena verle así!

DOCT. Y a mí también.

LUC. ¿Sí? ¿Por qué no le cura usté? ¿Por qué no le da usté alguna botica? ¿Cómo se va a curar sin boticas? No le manda usté ná. Así no se curará nunca. No señor. (*Llorando*).

DOCT. Calla, muchacha. Tanto o más que tú, deseo yo que tu señor se ponga bueno. Y por eso estoy aquí.

LUC. ¡Pero si no le manda usté denguna medecina!

DOCT. Porque no la necesita. Su enfermedad, no precisa de medicinas. En su enfermedad no tiene que intervenir para nada el boticario;

basta con el médico, médico de almas. ¿Lo entiendes?

LUC. No señor.

DOCT. No me extraña. No lo entiendes tú ni muchos que, como tú, desconocen el diagnóstico de una enfermedad que realmente no existe más que en la imaginación del presunto enfermo.

LUC. (*Sin comprender*) No lo entiendo, no señor.

DOCT. No importa. Lo que interesa es que don Carlos se cure. ¿No es eso?

LUC. Sí; eso, eso.

DOCT. (*Con intención marcada*) ¿Lo deseas de veras?

LUC De veras.

DOCT. ¿Te alegrarías mucho?

LUC. ¡Mucho, mucho, mucho!

DOCT. Te prometo que se curará.

LUC ¿Sí? (*Con mucha alegría*) ¿Lo dice usté en serio?

DOCT. Completamente en serio.

LUC. ¡Qué alegría! Gracias, gracias. (*Besándole la mano*).

DOCT. (*Con un gesto de extrañeza*) Bien, muchacha; bien. Tú me ayudarás a salvarle. Me dice el corazón que tú me ayudarás.

LUC. Yo le ayudaré en tó lo que pueda, yo le ayudaré.

DOCT. Basta. De todo esto no ha de saber nada don Carlos, ni la señorita Carmen, ni nadie en absoluto. Más despacio hablaremos. Hasta tanto, silencio.

LUC. Juro que no diré ná a naide. (*Mutis por el foro*).

ESCENA VIII

El Doctor y Carlos

CAR. (*Saliendo de la casa*) ¿Con quién hablabas?

DOCT. Hola, Carlos. Con tu criada. Esa ingenua muchacha que es todo corazón.

CAR. Cierto, querido amigo. Y ¿qué te decía? Dímelo. (*Con curiosidad*) Dímelo.

DOCT. Se interesaba por tu salud. Cuando vió que marcharon los cazadores, salió expresamente a preguntarme por ti.

CAR. (*Con ansiedad*) ¿Sí? ¡Qué buena es! ¿Verdad que merece mi estimación?

DOCT. Sin duda alguna. Tienes en ella una hermana más. Te quiere, te quiere de corazón...

CAR. (*Interrumpe*) ¿De veras?

DOCT. Como a un hermano.

CAR. (*Con decepción*) ¡Ah! (*Como hablando consigo mismo*) ¡Como a un hermano!

DOCT. (*Observándole fijamente*). Tú también la quieres a ella, ¿verdad?

CAR. Sí.

DOCT. ¿Tanto como a tu hermana?

CAR. O más, Ramírez. Pero yo no sé definir este cariño, no sé. Quiero a mi hermana, quiero a Luisón, te quiero a ti, quiero a Lucila... Y, si vieras que matices tan variados hay en este cariño que a todos os profeso...

DOCT. (*Comprendiendo*) Ya.

CAR. Pero dejemos esto. (*Pausa*) Yo me encuentro cada vez peor, Doctor. Fíjate que hablo al doctor, no al amigo.

DOCT. Haces mal. Debes hablar al amigo, como siempre.

CAR. Hablo al doctor porque el amigo parece no preocuparse de medicina en lo que respecta a mi caso.

DOCT. Y el doctor, convencido de que no debe hablarte de cosas de medicina, callará como hasta aquí. ¿Quieres aún mayor mortificación que la que tú mismo te has impuesto aprendiéndote de memoria nombres de enfermedades, formularios, libros de medicina que no comprendes bien, y que, sin embargo, crees hallar en ellos síntomas que te afectan?

CAR. Y que me afectan; no lo dudes. De todos esos libros que a veces me sorprendes leyendo, siempre he sacado la consecuencia de que mi enfermedad no es imaginaria según tú has opinado. Mi tristeza, mi abatimiento, mi fastidio que me hacen la vida horrible, son una realidad; mis dolores son una realidad palpable, indiscutible... No me digas que no.

DOCT. Tendrás razón. Pero no olvides estos pensamientos de un reputado doctor: El dolor es un nada presuntuosa que a veces llega a ser algo cuando nosotros se lo recocemos acariciándole, mimándole y educándole hasta que se nos sube a las barbas. Bien puede afirmarse que sólo es grande cuando nosotros nos empequeñecemos. Y tú estás ya empequeñecido, pobre amigo.

CAR. ¿Me tienes lástima?

DOCT. Digno eres de ella.

CAR. (*Con inquietud*) Me encuentras mal. ¿Verdad? Dímelo sin rodeos. ¡Qué me importa la vida! (*Con ansiedad*) No te calles. Todo, por cruel que sea, antes que el silencio. ¡Habla!

DOCT. ¿No te importa la vida? Entonces ¿por qué

esa ansiedad, esa inquietud que no puedes dominar?

CAR. No; si no siento inquietud. Si estoy tranquilo. (*Nervioso*) Habla, Ramírez. Dí la verdad. Todo, menos la duda.

DOCT. Tus ojos de espanto te delatan; tu rostro contraído, revela bien a las claras tu inquietud, el miedo a la muerte. Sí, Carlos; tú quieres vivir sea como sea: sufriendo, llorando, como sea... ¡quieres vivir! Confiésalo.

CAR. Sí, y ahora más que nunca. Pero... no; no puede ser. Yo no puedo vivir. ¿Verdad que no? Reconóceme una vez. Desengáñame.

DOCT. (*Simula hacerle un detenido reconocimiento*) Ya estás complacido.

CAR. (*Con ansiedad*) ¡Y, qué! ¿Qué me dices? (*Ramírez guarda silencio*).

CAR. No calles. Habla con sinceridad. ¡Habla!

DOCT. Pues bien. A fuer de buen amigo, ya que me obligas, te diré la verdad: Todo es inútil; desgraciadamente inútil.

CAR. (*Con desaliento*) ¡Todo! ¿No hay remedio?

DOCT. (*Secamente*) ¡No!

CAR. (*Aplanado*) ¡Me moriré! ¿Me moriré pronto? ¡Hermana mía, Luisón, Lucila! (*Cae en su asiento abatido*).

DOCT. Ahora, a tu habitación. A acostarte inmediatamente. La fiebre es alta. ¡Lucila! (*Llamando*) Que te acompañe tu segunda hermana.

ESCENA IX

Dichos y LUCILA

LUC. ¿Me llamaba?

DOCT. Sí. Acompaña a don Carlos a su habitación.

LUC. ¿Se encuentra peor?

DOCT. Sí. Todo es inútil. Está perdido irremediablemente.

CAR. (*Levantándose*) ¡Amigo mío del alma! La vida sí; es una mentira, la vida es un tormento para los desgraciados como yo, pero es algo que se quiere cuando vemos que se escapa. Yo quiero la vida, Ramírez, yo quiero la vida. ¡Sálvame!

LUC. Usté no se morirá. Lo quiero yo, lo quiere la Virgen a quien yo rezo tós los días. Usté no se morirá.

DOCT. Basta. Acompáñale a su habitación. Ni una palabra más.

LUC. Bueno. Callaré, puesto que el médico lo manda. (*A Carlos*) Vamos. (*Carlos con muestras de abatimiento, se apoya en el hombro de Lucila, internándose en la casa*).

CAR. La vida va conmigo, la vida me sostiene... La vida es esta. (*Por Lucila*).

DOCT. (*Aparte*) Tu vida es esa y la muerte que temes. Eso es... tu vida.

ESCENA X

DOCTOR y DON PRUDENCIO

(Don Prudencio, por el foro, todo agitado, presa de horrible excitación nerviosa)

PRU. ¡Pronto, doctor; pronto! Urge su presencia. ¡Qué desgracia, qué desgracia!

DOCT. ¿Qué sucede? Hable, don Prudencio. Explíquese. ¿Qué desgracia es esa?

PRU. (*Fatigado paseándose*) ¡Ay, doctor! ¡Horrible,

horrible! ¡Corra! Vaya en seguida. Aun puede llegar a tiempo.

DOCT. Vamos. Hable de una vez. ¿Qué sucede?

PRU. ¡Carmina! ¡Pobre muchacha! Está herida, doctor; está herida. Vaya en seguida a salvarla.

DOCT. ¿Algún disparo quizás?

PRU No. Vaya en seguida. Quizás pueda salvarla aún

DOCT. ¡Ea! Diga que sucedió. O por lo menos vaya delante de mí para que me indique su paradero. ¡Vamos! Pronto.

PRU. Imposible. Me falta valor para verla de nuevo en ese estado. Vaya usted. En brazos de Luisón viene desmayada. La caída ha sido espantosa.

DOCT. ¿Cayó del caballo?

PRU. Sí. Y a no ser por un acto heróico de Luisón, hubiera rodado por un precipicio, del que no habría sido posible sacarla.

DOCT. ¡Horror! ¿Se hallan muy lejos?

PRU. No. Luisón corría más que yo. Ya deben estar cerca.

DOCT. Voy a su encuentro. Usted, quieto aquí. Cálmese.

ESCENA XI

Dichos, LUISÓN Y CARMINA

(Luisón por el foro con Carmina desmayada. Ambos manchados de sangre)

LUI. Hay que curarla, hay que curarla. ¡Pronto! Está sin sentío.

DOCT. ¡Carmina! (*Tocándola*) ¡Carmina!

PRU. (*Tapándose la cara*) No lo quiero ver, no lo quiero ver.

LUI. (*Asustado*) ¡Que pierde mucha sangre! Hay que curarla deseguía. ¡Pronto! (*Con pena*) ¡Que se me pué morir en los brazos!

DOCT. Pronto, sí. Llevadla a la cama. Vamos, don Prudencio. Entre usted también.
(*Luisón entra en la casa con Carmina).*

PRU. Perdone, Doctor. Yo no puedo. (*Temblando*) Me falta valor. No puedo ver sangre. ¡Horror, horror!

DOCT. Está bien. Quédese. (*Mutis*).

ESCENA XII

DON PRUDENCIO sólo. Después, COLASÍN con un pajarillo en la mano, y con el pantalón roto.

PRU. (*De pie, dando puñetazos al aire*) ¡Malditos nervios! Sí; malditos. ¿Por qué me atenazáis de este modo? *(Apretando los puños con rabia*) ¿Por quéeeeee?...

COL. (*Desde la verja, riéndose*) Ya está lo mesmo que endenantes. ¡Ja, ja, ja, ja!...

PRU. (*Al oirle reír)* ¿Quién es el desvergonzado que se rie de mí? (*Se acerca a Colasín que trata de huir*) No huyas, no, granuja; que te voy a arrancar una oreja para que tengas más respeto. (*Le lleva al centro del escenario, de una oreja).*

COL. ¡Ay, ay, ay! Suelte usté, coñe! Suelte usté.

PRU. ¿Por qué te escondías?

COL. Pa que no me pegara usté.

PRU. Yo no te he pegado nunca. ¿Qué vienes a hacer aquí?

COL. Venía a traerle una cosa.

PRU. Buscando otro caramelo, ¿verdad?

COL. Sí, señor.

PRU. A ver. ¿Qué cosa esa?

COL. Un pájaro. *(Se lo enseña).*

PRU. ¿Dónde le cogiste?

COL. En un arbol. Gateando me subí hasta el nido, y le cogí pa usté.

PRU. Mal hecho. Tu no tienes derecho a privar de la libertad y acaso de la vida a ese pajarillo que no tiene quien le defienda.

COL. ¡Cómo que no me dió un buen picotón la pájara!

PRU. Bien hecho. ¿Qué haría tu madre si una noche entrara en tu casa un hombre muy grande, un gigante y te arrancara a ti de su lado para siempre? Se tiraría a él para arañarle, para morderle, por defenderte a ti como una leona a sus cachorros.

COL. O le clavaría un cuchillo al tio gigante ese

PRU. Pues con la misma rabia, con el mismo dolor que tu madre te defendería a tí, defendió a su hijo la madre de este pajarillo que tienes prisionero. Pero como tú eres mas fuerte que ella, abusaste de tu fuerza, y tu corazón mal educado, no llegó a conmoverse ante el llanto de impotencia de esa débil madre que lo fué, con tanto derecho como la tuya.

COL. Yo no le cogí pa matarle. Le cogí pa darle de comer y que no se muriera. Yo no quiero que se muera.

PRU. Bied. Pero como tampoco tienes derecho a privarle de la libertad, vas a soltarle ahora mismo. ¿Quieres?

COL. Si, señor. Le llevaré con su madre. ¡Pobrecillo (*Le besa*)

PRU. Así me gusta a mí: que tengas buen corazón Corre a darle libertad.

COL. Bueno. Pero que no le mate la señorita con la escopeta. Que el otro día bie de pájaros que mató.

PRU. No le matará. (*Aparte*) ¡Hermosa réplica infantil!

COL (*Haciendo mutis*) ¡Y, no me dá el caramelo ¡Y pa eso me esgarrao los pantalones!...

ESCENA XIII

LUISÓN y PRUDENCIO

(*Luisón, dando saltos de alegría*).

LUI. Ya ha abierto los ojos,
ya ha vuelto a la vida.
Ya tiene su cara los mesmos colores,
ya tiene su boca la mesma sonrisa.
Corra usté pa dentro, que dá gusto verla.
¡Ya ha vuelto a la vida!

PRU. ¿De veras? ¡Es cierto!
Luisón... !Que alegría!
Por tí, bravo mozo, por tí se ha salvado
la pobre Carmina;
por tí, que, en un acto de noble heroismo,
corriste al peligro con gran valentía,
sin miedo al abismo, sin miedo a la muerte.
¡Por tí está con vida!

LUI. Por mí, no; por ella que entró aquí (*En el corazón*) mu dentro
dende que cruzaron su mirá y la mía.
Por mí, no; por ella que es lo que mas quiero;
Por mí. no; por ella que es mi única vida;
Por mí, no; que, solo, sin ella, na valgo...
Por mí, no. ¡Mentira!

Yo no ví el peligro, yo no ví la muerte,
solo a ella veia.
Y a ella fuí corriendo lo mesmo que un loco;
la cogí en los brazos... la cogí con vida.
Pero si no hubiera llegao tan a tiempo,
si rueda hasta el fondo de la negra sima,
yo bajo rodando también como ella.
¡Yo no la abandóno ni muerta ni viva!

. . . .

(*Pequeña pausa*)
Ya ha abierto los ojos,
ya ha vuelto a la vida.
Ya tiene su cara los mesmos colores,
ya tiene su boca la mesma sonrisa.
(*Con gran alegría*)
¡Y ha puesto en mis manos un beso mu fuerte!
¡Ya estoy mu contento!
¡Ya ha vuelto a la vida!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

La misma decoración de actos anteriores

ESCENA I

DON PRUDENCIO, MANOLO y el DOCTOR, sentados ante un velador, apuran unos vasos de cerveza.

MAN. (*Levantando su vaso*) Brindo por el eximio, eximio, si; doctor Ramírez, nuestro querido amigo, que bien merece admiración por el triunfo obtenido sobre la hipocondría, enfermedad que, al decir de un buen filósofo, es una de las mas insensatas plagas que afligen al hombre.

(*Ramirez y don Prudencio, sonrien*)

¿Se rien ustedes acaso por creer advertir en el adjetivo un poco de vehemencia?

DOCT. Precisamente; querido Manolo.

PRU. A un lado la modestia. Suscribo íntegramente las palabras de nuestro amigo que, algunas veces, aunque pocas, habla en serio y dice verdades como puños.

MAN. No lo duden ustedes.

PRU. Yo también voy a brindar; quiero brindar por el triunfo de nuestro joven doctor, que bien pudiéramos llamar en este caso médico de almas; ya que, con clara visión de la realidad, supo apartarse de clásicos procedimientos, buscando la clave del enigma en el terreno de la psicología.

MAN. (*Aplaudiendo*) ¡Bravo! Adelante, don Prudencio. ¡Siga usté!

PRU. Si no tenía más que decir... Creo haber dicho bastante, aun cuando es poco en relación con lo que nuestro amigo merece.

MAN. Precisamente: el doctor merece algo más. Siga usted, don Prudencio. Siga usted.

DOCT. No le haga usted caso. Manolo es el bromista de siempre.

PRU. Si es broma, no diré más.

MAN. Juro que hablo en serio y que daría cien pesetas porque don Prudencio hiciera un discurso como el sabe...

PRU. ¡Cien pesetas! (*Aparte*) ¡Cuándo las volveré a ver! (*A Manolo*) No puedes hablar en serio ni cinco minutos. ¡Cien pesetas!

MAN. Repito que no hablo en broma. Y, son tantos mis deseos de que haga usted un discurso que, ya ve, no repararía en arriesgar cien pesetas, por conseguirlo, ¡si las tuviera!

PRU. ¡Ah, vamos!... ¡Si las tuvieras!

MAN. Naturalmente. Como en el momento no dispongo de ellas, mal puedo arriesgarlas. Si las tuviera le diría: don Prudencio, aquí tiene usted cien pesetas por un discurso. En ese caso, ¿usted me le negaría?

PRU. (*Ofendido*) ¡Manolito!...

DOCT. No le haga caso. No quiso ofenderle... Son sus bromas de siempre.

PRU. Un poco pesadas. ¡Caramba! ¡Ofrecerme a mi cien pesetas por un discurso!

MAN. Don Prudencio: no se ponga usted así. ¿Es que usted me rechazaría «a mí» cien pesetas?

PRU. *(De mal humor)* ¡Sí!

MAN. ¿No me admitiría cien pesetas si se las diese?

PRU. *(De peor humor)* ¡No, no y cien veces no! ¡¡Zambomba!! Estas bromas ya me sacan de quicio. ¡Caracoles! Mi dignidad... Pues qué, ¿no vale nada mi dignidad?

MAN *(Sonriente)* ¡Bravo! Don Prudencio: es usted un hombre digno y generoso. Estamos en paz: Yo me quedo sin el discurso, y usted, sin las cien pesetas. ¿No es esto?

DOCT. Conformes. Y, basta; Manolo. Dejemos las bromas.

PRU. Eso digo yo.

MAN. *(Levantándose)* ¿Bromas? Les juro que no hablo en broma. He dicho y repito para terminar esta enojosa cuestión, *(A don Prudencio)* que yo me quedo sin el discurso, y usted, sin las cien pesetas. *(Mutis, derecha)*.

DOCT. Conformes.

PRU. Conformes; sí, señor. ¡Mi dignidad! Pues qué, ¿no vale nada mi dignidad?

ESCENA II

Dichos, menos MANOLO

DOCT. Calma, don Prudencio. Estos incidentes carecen de importancia... Al menos entre nosotros.

PRU. Sin duda.

DOCT. Manolo no ha querido ofender su dignidad.

PRU. Así lo creo. Pero mi temperamento... es... mi temperamento. ¡Ea! Cada uno es, como es y no como quisiera ser.

DOCT. Porque no se querrá de verdad: Se ha dicho que lo primero que Zenón enseñaba a sus discípulos era a «querer». De él o de éstos, es esta máxima: «El espíritu quiere y el cuerpo obedece».

PRU. Bonita teoría. Pero usted reconocerá conmigo que el cuerpo no siempre obedece al espíritu, sino también al instinto que, a mi juicio, nada tiene de espiritual.

DOCT. Conformes: El instinto, ese sentimiento natural de que todos participamos, manda al cuerpo, y éste obedece sin discusión previa; esto es evidente. ¿Por qué no ocurre siempre lo mismo cuando el espíritu manda? Porque no siempre quiere el espíritu de verdad; si quiere de veras, el cuerpo obedecerá; no lo dude usted. Bien cerca tenemos la experiencia.

PRU. ¿Carlos?

DOCT. El mismo. ¿Qué era Carlos? Un hipocondríaco, una de tantas víctimas esclavas de su «yo»; un atormentado por su constante obsesión de la enfermedad y de la muerte; un espíritu atenazado por las garras de pesimismo cruel; un viajero en el camino de la Vida que, volviendo repetidas veces la cabeza atrás ante el temor de que la Muerte le sorprenda por la espalda, se aproxima al precipicio que no ve. Esto era Carlos. Y, era así, porque «no quería» serlo; mejor dicho: porque «quería sin querer».

PRU ¿Y usted intentó salvarle por medio de la arriesgada prueba que nos dió a conocer?

DOCT. Y le salvé. Yo estaba persuadido de que Carlos no padecía enfermedad alguna; su cuerpo estaba sano como hoy lo está. Su enfermedad se ocultaba en las encrucijadas de su espíritu atormentado por una ridícula inquietud. Y, convenciéndome de que esta hipocondría de Carlos, por no ser una enfermedad, la enfermedad había de negarla, me decidí a hacerle enfermar de veras. «Hágase enfermar de veras al hipocondríaco—dijo el filósofo—para que sepa lo que es enfermedad, y se pondrá bueno». Yo le pronostiqué un fin próximo; le puse la muerte delante de los ojos para que su espíritu reaccionara ante la macabra aparición; le desahucié implacable por hacerle pensar en la vida ante el temor de la muerte. Y pensó en la vida, y triunfó de una muerte que él creyó próxima.

PRU. En resumen: ¿que usted sabía que mentía al pronosticarle un fin próximo?

DOCT. Indudablemente. Recuerdo que, cuando Lucila le acompañó a su habitación por indicación mía, Carlos se expresó con irrefutable lógica en estos términos: «La vida me sostiene; la vida ésta». A lo que yo añadí: Tu vida es esa y la muerte que temes. ¡Eso es tu vida!

PRU. De lo que se deduce, ¿qué Carlos está enamorado?

DOCT. Perdidamente enamorado. Feliz circunstancia que, inesperadamente, ha venido a poner en mis manos uno de los medios de mayor eficacia terapéutica. Ya dijo el poeta: «La hipocondría está pronto curada cuando la vida

te hace sufrir de verdad». Y Carlos sufre ahora de veras.

PRU. ¿Sí? ¿Por qué?

DOCT. Carlos ama y cree no ser correspondido. Ama a una mujer, y por esto ama la vida, pero de verdad; como no la amaba antes. ¡Está salvado!

PRU. (*Estrechándole la mano*) Es usted un hombre. ¡Qué digo, un hombre! ¡Un sabio! *(Se oye cantar a Carmina en el jardín. Don Prudencio y el Doctor, escuchan entusiasmados).*

PRU. *(Sin poderse contener*) ¡Bien, muchacha; bien! Bonita voz.

DOCT. ¿Es Carmina?

PRU. ¿Quién ha de ser, sino ella? Es un portento de voz y de estilo, mi querido amigo.

DOCT. Cierto; don Prudencio.

ESCENA III

Dichos y CARMINA por la derecha, dentro de la verja, con una cestita llena de flores.

CARM. ¿Ustedes aquí? Y, refrescando, ¿eh?, refrescando?...

PRU. Y escuchándote con la boca abierta, hija mía. Eres un ruiseñor.

DOCT. El mejor ruiseñor de la dehesa.

PRU. ¡Cuánto sentirán los campesinos que levantes el vuelo esta tarde!

CARM. (*Riendo*) ¡Qué exagerados! Cantando no paso de la vulgaridad.

PRU. ¡Hipocritilla!

DOCT. ¡Cuántas flores! ¿Las llevarás contigo a Madrid?

CARM. No; Ramírez. Voy a formar con ellas un hermoso ramillete, lo más hermoso posible, para ofrecérsele a la Virgen cuando pasemos esta tarde por la Ermita. No quiero abandonar este lugar sin ofrecer una prueba de agradecimiento a la imagen que, según Lucila, salvó mi vida y la de Carlos. ¿No creen ustedes haber visto un milagro ante el cambio observado en el carácter y enfermedad de mi hermano? ¿No fuí milagrosamente salvada por Luisón al borde del abismo?

PRU. Sí, sí .. Pero no olvides el acierto del doctor. ¡Ramírez es un sabio!

DOCT. ¡Vamos... vamos, don Prudencio! No exagerar...

CAR. Don Prudencio dice bien. También tú eres merecedor de mi agradecimiento, y don Prudencio... y Manolo. Todos. Porque renunciásteis a un veraneo más feliz por acompañar a los que ninguna felicidad podemos ofreceros a cambio de vuestra hermosa acción.

DOCT. ¡Felicidad! ¿Quién sabe donde está la felicidad? Quizás esté escondida en este mismo rincón, lejos de la Sociedad hipócrita, como dice Carlos.

PRU. Posible es. Esta tarde, ante la proximidad de nuestro regreso de veraneo, a la Corte, advierto en mí y creo advertir en los demás, una instintiva resistencia a abandonar definitivamente este jardín. Prueba evidente de que la felicidad pasó por aquí, siquiera de una manera transitoria.

ESCENA IV

Dichos y LUCILA, desde la puerta de la casa.

LUC. Señorita: ¿Es ya hora de la lección? ¿Traigo él libro y los papeles?

CARM. Tarde es ya, porque, como sabes, dentro de poco saldremos para Madrid, y no hemos de perder tiempo... Pero, en fin...

LUC. Sí; señorita. ¡El último día! Luisón se lo agradecerá mucho. ¡Está el probe más apenao porque se van a marchar! Si que es una pena ¡Tan bien como iba aprendiendo a leer con usté!

CARM. Está bien. Le daré la última lección.

LUC. (*Muy contenta*) ¡Gracias, gracias, señorita! Voy corriendo por los papeles. (*Mutis*).

ESCENA V

Dichos, menos LUCILA

DOCT. La obra que estás realizando es digna de ser admirada, Carmina.

PRU. Digna de un espíritu delicado como el suyo.

CARM. Es un deber en mí: Luisón me salvó la vida y ha contribuído, de manera muy eficaz con sus cuidados, con sus consuelos, con su optimismo—rudo, si se quiere, pero de innegable ejemplaridad—a salvar a mi hermano.

DOCT. Cierto; certísimo.

CARM. Yo ofrecí hacer por él algo que significara un beneficio perpetuo. Llegué a ofrecerle dinero

por su comportamiento heroico, y al rechazarme dignamente el ofrecimiento, concebí la idea de enseñarle a leer y escribir. Se lo propuse, y, con lágrimas de agradecimiento, comenzó a aprender las primeras letras como un parvulillo. Momentos de intensa emoción fueron aquellos primeros momentos. No les olvidaré. El hombre rudo, de rostro curtido por el Sol y manos encallecidas por el trabajo, se inclinaba sobre el alfabeto con el ansia infinita de saber. Su mirada interrogante clavábase en la mía como buscando la solución del jeroglífico que él creía advertir en la sílaba rebelde. Y cuando ya, a una ligera indicación mía, acertaba a descifrarla, con gran contento apretaba con el índice la sílaba comprendida como pretendiendo, con ello, no dejarla escapar de su memoria. Para él y para mí estos eran momentos felices: para él, porque iba aprendiendo el arte qué perpetúa los pensamientos; para mí, porque sentía un placer inmenso enseñando al que no sabe. Ya ve usted, don Prudencio, como también yo, aquí, he tenido momentos de felicidad.

DOCT. (*Viendo aparecer a Luisón en la puerta de la casa con un libro y algunos papeles*) Aquí tienes a tu educando. (*A Carmina*).

CARM. (*A Luisón*). Vamos con la última lección. Pasa.

LUI. (*Seguido de Lucila*). Con su premiso.

PRU. (*Levantándose*) Para no interrumpir, si a usted le parece, doctor, podemos ir últimando los preparativos del viaje.

DOCT. (*Levantándose*) Vamos; sí. Hasta después, Carmina.

CARM. Hasta después. *(Ramírez y don Prudencio entran en la casa).*

ESCENA VI

CARMINA, LUISÓN y LUCILA

LUC. (*Retira los objetos que habrá sobre la mesa, limpiándola después*) Aquí tiene usté a su descípulo. (*A Luisón*) A ver si te aplicas... Que es la última vez.

LUI. (*Con pena*) ¡La última!

LUC. Luego, no digas que la señorita no ha hecho lo que ha podío.

LUI. Bien sabe ella que se lo agradeceré mientras viva.

CARM. No hables de eso. Yo te debo a ti más: te debo la vida.

LUC. No se acuerde usté de tal cosa. El hizo lo que debía; lo que tenía que hacer tó hombre de corazón.

CARM. Eso hago yo: lo que debo. Porque ésto, también es un deber en mí.

LUC. (*Después de dejar limpia la mesa*) Bueno, ahí se quedan ustés. Voy a terminar de prepararla el equipaje. (*Mutis*).

ESCENA VII

Dichos, menos LUCILA

CARM. Siéntate. Vamos a empezar.

LUI. (*Sentándose*) ¡Si viera usté qué pena me da pensar que es la última vez!

CARM. Yo también siento dejaros. Por Lucila, por ti, por la guardesa... por todos estos campesinos que han dado pruebas inequívocas de sus buenos sentimientos... por todos... Pero he de marchar porque yo, allí, también estudio como tu lo haces ahora aquí. También yo quiero saber más de lo que sé.

LUI. ¡Y qué falta le hace saber más, señorita!

CARM. A todos nos hace falta saber más de lo que sabemos; hasta al más sabio de los sabios. (*Escribiendo en un papel*) Vamos a ver: La letra impresa, la de molde, ya la conoces a la perfección. Voy a presentarte palabras escritas por mí a ver si las lees con facilidad. (*Escribe muy despacio*) Mira, que letra tan clara. ¿La leerás?

LUI. (*Con vehemencia)* Estando escrita por usté, la leeré. Aunque tarde un poco, ¡la leeré!

CARM. (*Mostrándole el papel*) A ver...

LUI. (*Cogiéndole con ansiedad*) Espere... usté... un poco. (*Fijándose con insistencia en la palabra escrita*).

CARM. Empieza. ¿Conoces la primera letra?

LUI. (*Con alegría)* ¡Sí! Y... las otras... ¡Ya, ya sé! Dice:... ¡Car.. mina! ¡Car... mina... ¡Su nombre! ¡Ya sé leer su nombre! *(Dobla el papel y se lo guarda en el pecho*).

CARM. ¿Qué haces? Espera, que vamos a escribir más.

LUI. ¡No! No hace falta. ¿Pa qué mas? Ya tengo bastante. (*Abstraido*) ¡Car... mina! ¡Ya lo sé leer! Ya tengo bastante. No me hace falta mas. Dice: ¡Car...mina! ¡Su... nombre!

CARM. (*Mirándole con extrañeza*) ¿Por qué te pones asi? ¿Qué es lo que te pasa?

LUI. No sé. Me brinca el corazón de alegría y de pena; de alegría, porque tiene junto a él, el nombre de la mujer que quiere!, y de pena, porque esa mujer se marcha de aquí. Si; señorita: ¡usté es esa mujer! (*Baja la vista, avergonzado por la confesión*)

CARM. (*Sorprendida, se levanta violenta*) ¡Luisón! ¿Qué dices? ¿Cómo te atreves...

LUI. (*Interrumpiendo*) ¿Se ofende usté porque la quiera con toa mi alma?

¿No quiere que la diga esta verdá, esta gran verdá que no se pue estar aquí quieta por más tiempo? ¿Por qué no lo he de decir?

CARM. Mas valía que no me lo hubieras dicho. ¿Para qué?

LUI. Es verdá. ¿Pa qué? Ya sé que usté no me pue querer a mi. Ya lo sé.

CARM. ¿Por qué lo sabes? ¿Quien te lo ha dicho?

LUI. Naide. ¡Quien me lo va a decir! Yo, que lo creo asi porque tengo que creerlo; porque usté no pue poner su ilusión en mi, como yo pongo en usté la mía; porque usté es la señorita, y yo su criao. ¡Por eso!

CARM. ¿También tu participas de esos prejuicios? ¿También opinas como la mayoría? (*Sentándose*) Vamos a hablar como si realmente no existiera entre nosotros la diferencia que tu señalas.

Hablan dos almas que se han encontrado en el camino de la vida. No hablan Carmina ni Luisón; hablan tu alma y mi alma; entre ambas no existen diferencias: son dos buenas amigas que no quieren engañarse.

Tu sientes por mi un amor que yo he creido descubrir en distintas ocasiones; hoy has teni-

do la sinceridad de confesarlo y lo has hecho como con temor de ofenderme. No me ofendes por eso: no es un delito amar, amar de veras como tu, y confesarlo. Con la misma sinceridad te digo que yo no te amo a ti. Te quiero, si, como a un hermano, porque bien lo mereces; pero no de otra manera.

Ten la seguridad de que si en mi corazón palpitara por tí ese amor que por mi palpita en el tuyo, no podría ahogarle dentro de mi; si existiera, no tendría mas remedio que confesarlo, sentiría la imperiosa necesidad de confesarlo a despecho de todo convencionalismo. Porque el Amor, o «es» o «no es». Si «es» lo será a pesar de todo y se manifestará en cualquier edad, en cualquier lugar, en cualquier momento.

LUI. Entonces... Si es que usté me quisiera un poco ¿No la importaría bajar hasta mi?

CARM. No me importaría. ¿Que me iba a importar? Si así fuera lo desearía tanto como tu.

Conformate, Luisón, no sufras. Peor fuera que en un momento de compasión, te hiciera concebir esperanzas imposible de realizar; peor, que te hubiera hecho víctima de un miserable engaño después de falsas promesas. Peor sería eso.

LUI. (*Con exaltación*) ¡Peor, si! No lo quiero pensar. ¡Sería horrible !Porque si eso sucediera... ¡¡Te mataría!!

(*Como arrepentido por lo que acaba de decir, baja la cabeza avergonzado*)

CARM. (*Levantándose asustada*) ¡Luisón! ¡Que dices! ¿Te olvidas de quien soy?

LUI. (*Con humildad*) Si; me olvidé un momento;

me olvidé hasta de quien yo soy... Hablaban dos almas que se encontraron de repente... ¡Perdón, señorita! La he faltao al respeto sin querer. ¡Perdón!

ESCENA VIII

Dichos, MANOLO y CARLOS. (Este último calza botas de montar y espuelas)

MAN. ¡Caray con el misántropo! Veinte kilómetros a caballo!
Aquí tienes, Carmina, a tu hermanito, al enfermo que va dando pruebas de una resistencia física superior a la nuestra.

CARM. (*Tendiendo los brazos a su hermano*) ¡Carlos! Así me gusta verte.

CAR. (*Sonriente, a Carmina y Luisón*) ¿Cómo van esas lecciones?

LUI. (*Con tristeza*) ¡Ya fué la última, señorito!

CAR. No te apures. Aquí quedo yo para continuar la labor de mi hermana. Conmigo, quizás tardes más en aprender porque yo no se enseñar como Carmina, pero te prometo que sabrás lo que yo sé.

LUI. Gracias, señorito. Gracias, señorita.

ESCENA IX

Dichos, RAMÍREZ y DON PRUDENCIO

PRU. (*A Carlos*) ¡Caramba, querido amigo! Al fin te vemos.

DOCT. Largo fué el paseo...

CAR. Veinte kilómetros.

DOCT. ¡Veinte kilómetros!

PRU. Doctor; esto es verdaderamente admirable! ¡Veinte kilómetros a caballo! Carlos: ¡Tú eres un hombre!

CAR. Desde que ustedes están aquí, soy muy otro del que era.

CARM. Ramírez: ¡Cuánto te debemos!

CAR. ¡Cuánto!

CARM. Luisón: Llevad los equipajes al coche. En tanto yo, con el permiso de ustedes, voy a vestirme. Porque supongo que saldremos en seguida...

MAN. Pronto, sí. Que yo no respondo de la batería.

CARM. Yo no les haré esperar. (*Entra en la casa*).

LUI. (*Haciendo mutis, fuera de la verja, izquierda*) Deseguía quedará servía la señorita.

ESCENA IX

Dichos, menos LUISÓN y CARMINA

PRU. (*Sentándose a la vez que lo hacen los demás*) ¡Qué caramba! Y bien amigo Carlos: Tu resolución es de esas que no admiten réplica. ¿No es esto? Tu decisión es como una fortaleza inexpugnable. ¿Te quedarás entre estos campesinos a pesar de nuestros ruegos, de nuestros vehementes deseos de que nos acompañes a la Corte?

CAR. Me quedaré.

MAN. Mas aburrido que una ostra, por supuesto.

DOCT. Poco a poco, Manolo.

Carlos comienza a vivir ahora y precisamente aquí, aquí precisamente ¿Lo entiendes?

MAN. ¡Yo que voy a entender esto! Ni creo que tu mo te lo expliques.
Perdona, Carlos; pero... continuo creyendo en tus rarezas.

CAR. Infundadamente. Tu crees hallar la felicidad en el ambiente de la Corte, dedicando tu atención a mil frivolidades que mas tarde pondrán en tu espíritu esta interrogante: ¿«por qué»? Yo creo haber descubierto aquí el horizonte de una nueva vida, que dá cumplida respuesta a ese ¿«porqué»? que tantas veces me inqietó como a ti te inquietará mas tarde.

MAN. (*Riendo*) ¿Filosofías a mí? ¡Déjame de filosofías!

PRU. (*Malhumorado*) Tu serás siompre el mismo un...

MAN. Termine, termine. No se quede nada en el tintero...

PRU. ¡Un fresco, un botarate, un... mala cabeza! ¡Ea!

MAN. Las mas rendidas gracias, don Prudencio.

DOCT. Basta de discusiones. Satisfechos debemos estar de que nuestro querido amigo haya recobrado la salud.

PRU. Satisfechísimos; si, señor.

DOCT. Carlos cree haber hallado aquí la felicidad, y nadie, absolutamente nadie le hará volver de esa creencia suya.
La felicidad no puede buscarse en determinado lugar. Ella ha de presentarse a nosotros espontaneamente, quizás cuando menos la esperemos y donde no pensarámos se escondiera. (*A Carlos*) Tú, has hallado aquí la felicidad. ¿No es así?

CAR. Yo he hallado aquí la salud, que ya es un principio de felicidad. Y me propongo hallar

la felicidad completa. ¿Cómo? Lo vais a saber: En el Trabajo y en el Amor.

MAN. ¡En el Trabajo!

CAR. En el Trabajo, sí.

PRU. ¿En el Amor?

CAR. En el Amor.

DOCT. ¡Adelante, Carlos! Tú serás feliz.

CAR. Tal creo. Miren ustedes. Hoy, dando un paseo a caballo, he visto trabajar a mis labriegos; a Colasín y Pericacho, a lo lejos, en el monte, cuidando del ganado. Y caminando sin cesar, ensimismado en la contemplación del paisaje, llegué a un hermoso puente que parecía ofrecer sus recios lomos como la dócil bestia que me conducía. Más lejos sonaba el agudo silbar de una máquina de vapor: era la locomotora que por la férrea arteria hacía circular la savia del intercambio comercial. Todo esto hubo de sumir mi espíritu en honda meditación: Pensé...

DOCT. (*Con interés*) ¿Y qué pensaste?

CAR. En el Trabajo, en la Inteligencia; en el cerebro y en el músculo del hombre. Y, créanme ustedes, pensando así empecé a creerme hombre de verdad. Y prometo que lo seré. ¿Cómo? Trabajando con el músculo o con el cerebro; quizás con ambas cosas a la vez. La ociosidad engendra el fastidio y desprecio de la vida. Seré activo, porque, como tu has dicho, amigo Doctor, la actividad, es vida.

DOCT. ¡Muy bien!

PRU. (*A Carlos*) ¡Eres todo un hombre!

ESCENA XI

Dichos y CARMINA, LUCILA, LUISÓN. (Carmina, con un ramo de flores en la mano)

MAN. Señores, Carmina está dispuesta para la mar cha.

PRU. *(Levantándose a la vez que lo hacen lo demás)* Vamos cuando ustedes gusten.

DOCT. Ahora mismo.

CARM. (*A Carlos*) Hermano mío, ¡cuánto siento de jarte!

LUC. Se queda entre buena gente, señorita. Ade más... ya está bueno.

CAR. Lucila dice verdad: me quedo entre buen gente y me encuentro bien de salud.

CARM. De ello estoy convencida. (*A Manolo y do Prudencio*) ¿Vamos?

DOCT. (*Abrazando a Carlos*) Mi querido amigo...

CAR. No... Si os acompaño hasta el coche.

DOCT. Bien...

PRU. Como quieras.

CAR. ¡No faltaba más!...

(*Van saliendo, por la derecha, Manolo, Do Prudencio, el Doctor y Carlos. Carmina le sigue deteniéndose brevemente al ver a Lui són que les contempla en silencio)*.

CARM. (*A Luisón*) Te estrecho la mano porque ere un héroe y un hombre de bien. ¡Adiós!

LUI. *Estrechando la mano que se le ofrece)* Qu terga usté salú, señorita.

CARM. (*Viendo que Luisón no les sigue*) ¿No viene a despedir a esos señores?

LUI. ¡Es verdá! No pensaba más que en usté. (*Mu tis, ambos)*.

ESCENA XII

Pericacho y Colasin por la izquierda, asomándose con precaución como si temieran ser vistos.

Peri. Ya montan en el auto.

Col. A mí me dan ganas de llorar...

Peri. Y a mí, también.

Col. Yo quería que me diera un beso la señorita como la otra vez... (*Llorando*).

Peri. (*Haciendo que llora*) ¡Y yo también!

Col. Tú eres mozo.

Peri. ¿Y qué?

Col. A los mozos no les besan las mozas.

Peri. ¡Tú que sabes!... (*Se oye la bocina del automóvil*).

Col. Ya se van. ¡Me... cachis!...

Peri. ¿Vamos corriendo al monte pa verles pasar por la carretera?

Col. Vamos.

Peri. Dende allí, les haremos así con la mano pa que nos digan adiós. (*Salen corriendo por la derecha, dentro del jardín*).

(*A poco de salir Colasín y Pericacho, aparece Lucila limpiándose los ojos con el delantal; cruza la escena en silencio y se interna en la casa*).

ESCENA XIII

Carlos y Luisón

Car. Ya quedamos solos otra vez.

Lui. ¡Sólos! ¿Verdá usté que paece que queda un

vacío en el alma? A mí, al menos, me pas eso.

CAR. Sí. Echaremos de menos los mimos de Carmina, las chirigotas de don Prudencio y Manolo, las advertencias filosóficas del Doctor... Tardaremos algún tiempo en olvidar tan gra tos recuerdos.

LUI. Si, señor, tardaremos en olvidar... Yo ma que usté.

CAR. ¿Por qué?

LUI. Porque yo empezaba a soñar ahora. Verá ust Yo ví una mariposa con alas mu relucientes como el oro. La seguí queriendo alcanzarl llegué hasta ella y la toqué. Cuando ya l creía en mis manos, ella empezó a revolotea mu alto. Ella tenía alas, ella podía volar voló.

Yo la ví perderse entre las flores, y no la pu de seguir porque no tenía alas como ella; po que las tenía rotas dende que nací.

Me quedé solo con el polvo de sus alas en la manos y le besé mil veces y le guardé junto mi corazón como a una reliquia...

Esa mariposa era una mujer, y esa muj corrió conmigo por la espesura del bosque un día triste y me dejó el polvo de sus alas d mariposa en el pañuelo que empapó la sang de su frente de virgen... cuando cayó del ca ballo junto al abismo.

CAR. (*Sorprendido*) ¡Mi hermana!

LUI. (*Enseñando un pañuelo manchado de sangr*) Esta es su sangre. ¡Sangre bendita! que besaré mil veces y guardaré junto a mi corazón.

CAR. ¡Pobre Luisón! ¿Tu amas a Carmina?

LUI. ¡Pa qué negarlo! ¡Si! Mas que a mi vida.

AR. ¿Y, ella no lo sabe?

UI. Más valía que no lo supiera. Así, no sufriría.

AR. ¿Lo sabe y sufre?

UI. Sí. ¿Porque no me quiere a mí!

AR. ¿Porque no te quiere, sufre?

UI. ¡Porque quisiera quererme!

AR. Te compadezco: ¡Ya sabes lo que es amor! Compadéceme a la vez: ¡También lo sé yo! Tú aprendiste a amar con la aparición de una mujer superior a ti... La viste volar muy alto con «alas muy relucientes, como el oro»... Yo lo aprendí en esta misma tierra, a ras del suelo. Entre estas peñas abruptas, entre el romero y el tomillo, entre los recios encinares, yo no vi mariposas encantadas como tú las viste; sólo vi flores silvestres, y una de ellas, de incomparable belleza, de pureza inmaculada, de perfume sin igual, me retiene fascinado en este lugar. Lucila se llama. ¿La conoces?

UI. ¡Usté quiere a mi hermana!

AR. Como tú a la mía. La quiero tanto, tanto, que por ella seré otro hombre. Trabajaré por ella y para ella; la ofreceré el producto de mi trabajo, el pan amasado con mi propio sudor. Quiero que vea en mí a un hombre capaz de conquistarse con su esfuerzo el pan de cada día, por ella y para ella.

UI. Usté no trabajará, y menos, pa ella.

AR. (*Con energía*) Yo trabajaré por mí y por ella; por ella sobre todo.

UI. (*Pensativo*) Usté, sí, pué bajar hasta nosotros; arrastrarse hasta nosotros, ser como nosotros somos ¡Dichoso usté que pué bajar! ¡Desgraciaos los que no puén subir!

ESCENA VX

Dichos y LUCILA

LUI. (*A Lucila que permanece inmóvil a la puert*[a] *de la casa*). ¿Qué hacías ahí? ¿Escuchabas?

LUC. Escuchaba.

CAR. ¡Lucila! Ven. Aquí, ante tu hermano, te revelaré mis propósitos.

LUC. (*Aproximándose*) Ya les escuché.

CAR. ¡Sí!

LUC. Sí. Y ya que es usté tan bueno, no quiero engañarle más.

LUI. (*Con severidad*) ¡Qué dices, Lucila!

LUC. La verdá: que le engañaba sin querer engañarle.

CAR. (*Con alegría*) ¿Me querías?

LUC. ¡Le quería! Y ahora le quiero más porque se acerca usté a nosotros, porque va a ser como nosotros. Por eso le quiero más.

CAR. ¿Por qué me engañaste hasta aquí?

LUC. Porque así lo mandó el médico.

CAR. ¿Ramírez?

LUC. Sí, señor. Me lo mandó así pa curarle más pronto. Y pa que usté se curara, yo callaba sufriendo. Por eso le engañaba, porque le quería de verdá.

CAR. (*Con vehemencia*) ¡Lucila! Soy feliz, soy feliz como nunca.

LUI. Quiérele, Lucila; quiérele como se merece. ¡Es un hombre como pocos!

LUC. Es un hombre bueno. Por eso le quiero.

CAR. Soy un hombre... ¡feliz! Feliz como nunca pensaba ser. (*Se asoma al campo como ob*

servando la puesta del Sol cuyo tinte bermejo ha de advertirse en el jardín).

CAR. Mira, Lucila, el Sol, que ya se oculta,
pone un beso de oro en el paisaje.
El rumor del arroyo suena a besos
cuando muere la tarde.
Entre las nubecillas del ocaso
y allá abajo, en el valle
y allá arriba, en la cresta de los montes,
en el Cielo, en la Tierra, en todas partes,
¿no ves cómo sonríe a nuestras almas
un algo incomparable?
¿No lo ves?

LUC. (*Con alegría*)
Sí, lo veo. ¡Qué contento
se va el Sol esta tarde!
Mira, Luisón, se ríe como nunca!
Ven a verle. ¿No quieres contemplarle?

LUI. (*Acercándose*).
Sí; le veo metío entre las nubes
y despidiendo lágrimas de sangre...
¿No le veis cómo llora allá en el río,
en el monte, en el valle,
en el seco rastrojo, en la chopera,
en el Cielo, en la Tierra y en toas partes?
(*Pausa*).
¡Sí; le veo metío entre las nubes,
y despidiendo lágrimas de sangre!
¡No me digais que ríe! Está llorando
como lloró aquel día... ¡por mi madre!...

TELÓN



EPÍLOGO

alzarse el telón, en la puerta que dá entrada al jardín, aparece una mujer simbolizndo la Filosofía. Cubrirá su cuerpo con una gasa u otra indumentaria estética y iginal. Puede llevar como atributos, una pluma de ave en una mano y un libro en la otra.

decoración será la misma de actos anteriores; únicamente, el fondo, puede variar en el sentido de que la Belleza ofrezca un marco adecuado a la figura simbólica que aparece en escena.

rlos y Lucila, a un lado, dentro de ia verja, y Luisón frente a ellos, quedarán maravillados ante la inesperada aparición.

urante el epílogo, la orquesta, con sus acordes, contribuirá al embellecimiento de la escena)

ESCENA ÚNICA

LA FILOSOFÍA, LUCILA, CARLOS y LUISÓN.

AR. *(A la Filosofía)* ¿Quién eres?

UI. ¿A qué vienes aquí?

UC. ¿Es una mujer?...

AR. ¿Quién eres?

UI. Habla.

A FIL. Soy la Filosofía.

AR. ¿Y, qué quieres?

A FIL. Hablaros.

UI. Habla. Acaso me des la razón.

AR. Acaso nos la dé a nosotros.

A FIL. ¿Todos creis poseer la verdad? ¡Humana condición!

AR. Yo, sí. Soy feliz y he visto que el Sol reía conmigo.

LUI. Yo soy desgraciao y he visto que el Sol lloraba conmigo mi desgracia.

LUC. Luisón no sabe lo que dice.

LA FIL. Pero sabe lo que siente. El Sol, ni ríe ni llora: sigue su curso de todos los días obedeciendo una ley eterna. Vosotros sois los que reís y llorais. Y al reir y al llorar, creeis hallar un eco de risa o de llanto en vuestro derredor. Yo os escuché, y percibiendo el aleteo de vuestras almas como algo inmaterial, llegué hasta vosotros para deciros la verdad. No puede «ser» y «no ser» una cosa, al mismo tiempo.

CAR. ¡Es verdad!

LUC. Déjanos con nuestra ilusión y con nuestra felicidad. Yo no te entiendo.

LUI. (*Con vehemencia*). ¡No te vayas! ¡No me dejes solo con el dolor! Paece que me consuela tu presencia.

LA FIL. (*Sin inmutarse, señalando a Carlos y Lucila*) Amor... Felicidad... Placer... (*Señalando a Luisón*) Desdicha... Dolor... Risas y lágrimas... ¡Dolor... Placer!... ¡¡Eterno contraste!!

LUC. ¡Vete! Déjanos con la felicidá!

LUI. ¡No te vayas! No me dejes con el dolor.

LUC. Vete. No me gusta oirte.

LUI. ¡No; que quiero escucharte!

LA FIL. (*Severamente*) ¡Calla, Humanidad! ¡¡Egoismo, calla!! (*Breve pausa*).

CAR. Cierto: somos egoistas.

LA FIL. ¿Lo reconoces?

CAR. ¡Lo reconozco! ¡Paso a la Filosofía!

LUI ¡Paso a la verdá!

LUC ¿Y pa qué quereis que pase?

LUI. Pa verla dende cerca. ¡No he visto cosa más hermosa!

LUC. Pero... ¿quién es?

CAR. La Filosofía.

LUI. ¡Es la Verdá!

CAR. ¡Paso a la Filosofía!

LUI. ¡Paso a la Verdá!

(La Filosofía avanza lentamente mientras cae el telón. Carlos y Luisón inclinan la cabeza a su paso).

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

Precio: Una peseta